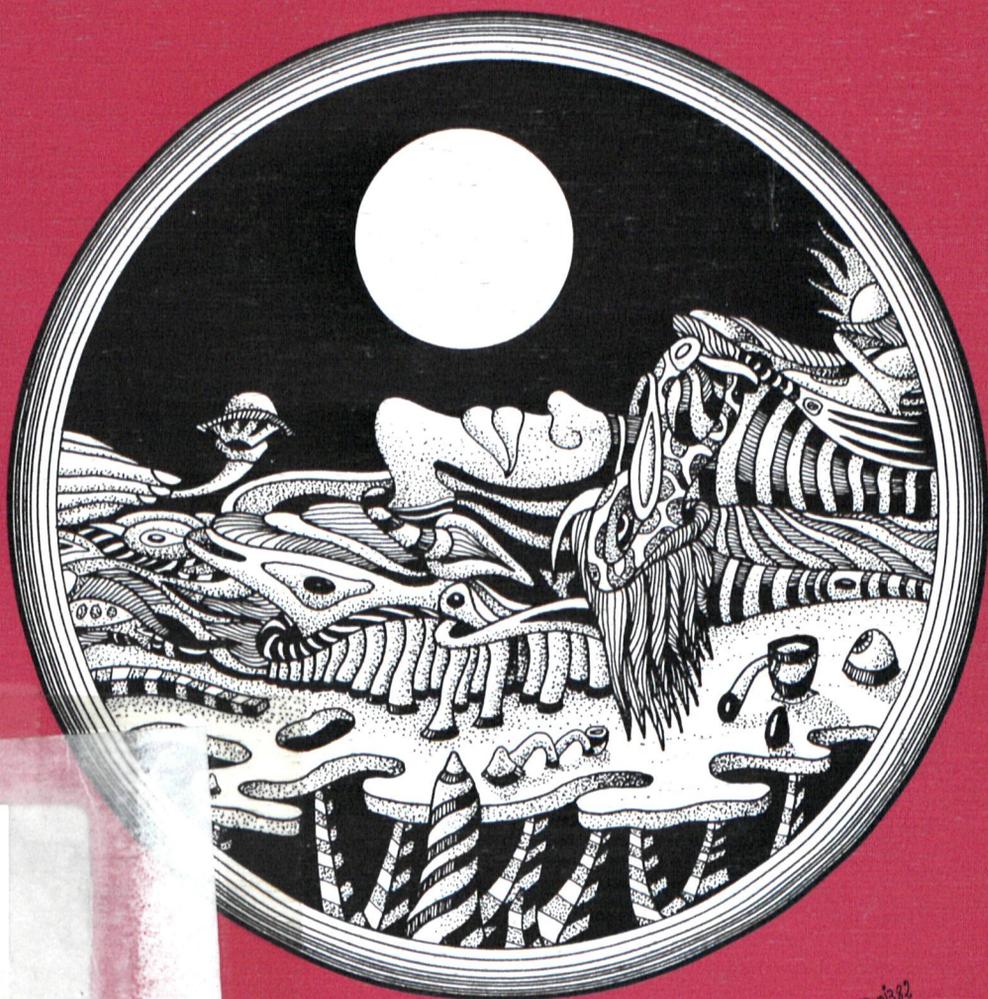


Lo más hermoso de mi vida

Víctor Ramírez



Domínguez



226 5449
(3 ejemplares)

VICTOR RAMIREZ,

Para mi querido amigo
José Luis Gallardo Navarro,
agradecido por el afecto
(correspondido) que me brinda.

Un abrazo Víctor

27.4.82

Lo más hermoso de mi vida

Camaguey P.R.

BIBLIOTECA	ESTADIAL
LAS PALMAS	
Nº 1	118448
Nº Colección	633376



LAS PALMAS
1982

Tyus

35-09-68

I.S.B.N.: 84-300-6824-4
Dep. Legal G.C. 137 - 1982

Imprenta Pérez Galdós, Buenos Aires, 38
Las Palmas de Gran Canaria

**Siempre pugnaron los tiranos que los
de su señorío fuesen necios et medrosos.**

ALFONSO X

**A veces dormí,
y quizás llegué a soñar otros sueños.
Pero desperté, de nuevo desperté
y soñé miedos,
muchos miedos silenciosos,
muchos miedos parlanchines,
y aguas, cuántas aguas,
una pesadilla de aguas y de miedos.**

DANIEL MIRABAL

**No soy monedita de oro
pa caerles bien a todos,
así nací y así soy;
si no me quieren, ¡mi modo!**

REFUGIO "CUCO" SANCHEZ

Lo más hermoso de mi vida

*A Juan Merchán y
Manuel Castro Piñeiro*

Al principio no me gustaba.

Al principio sólo iba por acompañar a mi viejo, que me consolaba con un refresco y una tapa de calamares o ensaladilla. También porque al regreso permitía que me bañara en el estanque de Calderín mientras él descansaba los pies.

Luego sí, luego me aficioné de veras, con verdadera pasión. Incluso, cuando el viejo no podía ir, yo buscaba siempre alguien de confianza que me llevara consigo. Por supuesto que en este caso no tendría refresco ni calamares o ensaladilla, y mucho menos baño en el estanque. Pero por entonces eso ya no me importaba tanto.

Era al otro lado del barranco, en una de las cuevas bajo los chiqueros de aquellos que decían Cubanos. Recuerdo que cada campeonato supera-

ba en interés y calidad al anterior. Bueno, es lo que ahora me parece; y aunque los participantes, uno por cada barrio, variaran poco o nada de una competición a otra, jamás nos fallaría lo imprevisto, la posibilidad de una sorpresa, el sabor del riesgo para la apuesta. Se jugaba en verdad mucho dinero, a más de la honrilla del barrio. Aquello hervía, sí. También recuerdo que en el último campeonato mantenía el primer puesto, imbatido, uno de Santo Tomás, uno llamado Venancio y al que conocíamos por el Trompo. Peleaba en molinillo, incansable, mientras su afición le animaba cantándole Cielito Lindo. Además conseguía parecer listo, lo que motivaría más de una protesta formal. Pero tres certificados médicos distintos y fehacientes habrían de volver la calma y la confianza a su cauce. Así quedaban tranquilos de nuevo los suspicaces.

Cierto que, en varias ocasiones y según qué combates, parecía inevitable perder la compostura y la deportividad. Había demasiado fervor entre los seguidores y a veces se hizo difícil atajar alguna que otra trifulca de cierta envergadura. De ahí que costase lo suyo hallar árbitro al contento de todos. Mi viejo llegó a tener felices arbitrajes a pesar del ron. Lo que me llenaría de orgullo, claro.

Armando, el nuestro, era fuerte y lo apodamos Tarzán. Pero se desbarataba fácilmente, sobre todo cuando el adversario conseguía morderle. Para colmo no tuvimos suplente, al revés que Santo Tomás por ejemplo, a quienes les sobran cuando menos seis.

Recuerdo que nos hicimos por algún tiempo ilusión con un hijo de maestro Luis, pero se murió chico. Y tuvimos que aguantar con Armando, que de vez en vez también ganaba, y al que jamás le faltarían ánimos y canciones desde la grada.

Precisamente el día que apareció la policía y acabó por siempre con las competiciones, precisamente ese día peleaba con el Trompo, que ya se había puesto nervioso al no haber conseguido morderle. Contra todo pronóstico Armando llevaba muy bien la agarrada, sobre todo con los rodillazos al adversario en la entrepiernas, que eran su alegría. Estábamos ilusionadísimos, casi llorando de la emoción, pues faltaba poco para el final y las apuestas nos favorecían en cantidad. No podía escapársenos la victoria, brincábamos como monos, cantando, aplaudiendo a rabiar, abrazándonos.

Pero todo quedaría en humo, en puro regusto a desilusión.

En fin: aquellos campeonatos de peleas entre los bobos de barrio han sido lo más hermoso que he tenido en mi vida.

27 de enero de 1982

Ojo de Pulga

*A Enrique el Indio y
a Siso*

A uno, y no al Lázaro de los últimos tiempos, a uno, repito, con la ingenuidad impuesta, siempre le ha costado tratar de ruin a cualquier hombre, a cualquier libro mal leído. Porque, y a pesar del Lázaro de los últimos tiempos, ningún humano es digno de inquisición, no importe que la historia con mayúscula y entrecomillada nos desmienta con tanta impunidad, con tales descaros. Por eso uno no obligó jamás a Lázaro, después de la resurrección, a imponerse ingenuidades ni sanos recelos. Al caso: la mentira es poderosa porque ya la verdad no existe, porque desde la aurora de las épocas ha desertado. Esto viene a cuento. “Es que uno, sí, no confía en la novela que puedes escribir, porque sabes que las armas que hacen daño, y escribir es pretender

—dice Lázaro después de apagar el cigarrillo contra el suelo— hacer daño, que son unos totorotas ustedes los escritores, y que las armas que hacen daño de verdad y que marcan el camino a seguir las tenemos nosotros, ¡canutos!” —era Lázaro de la brigada antipoesía y yo, el escritor de segunda época, bajé la cabeza sin rechinar de dientes—. Continuó Lázaro, quitándome un cigarro del bolsillo superior de la chamarra: “y sabes, pobre capón, que un poema, que una novela, y mientras mejores peor, sólo sirven para aumentar el desespero y el sentimiento de impotencia en los mismos de siempre, en los desarmados como tú, en los desarmados que han tenido la desgraciada suerte de nacer y vivir para respetar y aun querer, qué torpeza, y aun querer al llamado semejante”. Lázaro pidió ginebra y le dije que no había. Me mandó a comprarla, que no tenía dinero le dije. Y acabé dándole vino blanco del para la comida, una poquita que le quedaba a Magdalena para el caldo de después. Era un tiempo difícil, confuso, algo azulino.

En cambio habría un Lázaro más apagado, años adelante.

“Lo pobre no es lo vivido con el norte en el sur. Lo pobre acabó siendo el asentimiento dulzón a cuanto

nos imponían los padredioses de turno. Tal vez me sentí alguna vez aprendiz con futuro de padredió de turno, tal vez. Ahora quiero dormir. Fuera del miedo nada nos ha quedado que nos haga avanzar. Era un algo demasiado enraizado en mi instinto, el miedo, era el único motor de que disponíamos. Por eso pude, sin esfuerzo aparente, emprender lo que acabaría siendo pregonado como hazaña. Son los tiempos del temor los idóneos para la decencia, y Lázaro, aquí me ven, siempre ha sido decente. Ahora nada es igual ya, ahora estás, Lázaro, curado, dicen ustedes. Y dicen ustedes que ahora nada tengo que temer”. Esto dijo Lázaro, también dijo que quería dormir y le hice un puesto para que se echara. Al poco roncaba, y comprendí que si era un Lázaro más apagado, años adelante, y con una barba más gris.

“Y éstos son los que leen”— de un trago acabó con el vino.

Aquéllos, los armados, yo entre ellos —chasquéó la lengua con gesto de asco condescendiente—, los mercenarios de quienes imponen legalidad para delinquir impunes y entre vítores —sonreía cínico y suficiente hasta que llegare Magdalena de la acequia con la cesta de ropa lavada— no leemos sino

revistas tonificantes, pornográficas”. Había aprendido Lázaro a hablar como los dominadores del mundo, y yo temía la llegada de Magdalena. (Mire por dónde: ahora recuerdo que quiso mi hijo escribir una novela simbólica que tuviera como tema la violación de la hermana de Angelito y tuvo miedo, lloró, mi hijo lloró de miedo, era de imaginación volátil y se vio con la novela escrita y publicada y leída y secuestrada, mi hijo lloró y a partir de entonces le queman los libros, le queman en los ojos, porque ya ni mirarlos quiere). Llegó Magdalena, saludó con educación de pobre y ahí se acabó Lázaro, que se levantó marcial, puso la gorra bajo el brazo, se despidió con gesto castrense y taconeó hasta la salida. ¿No era ése Lazarito el de los del Llano? —preguntó Magdalena medio por preguntar medio por decir algo. No esperó mi respuesta: me dijeron que fusilaron a Papá Blas— dijo mientras salía a tender la ropa. Yo me dirigía al rincón de la derecha y me acurruqué hasta dejar de pensar.

Eran otros tiempos, eran otros tiempos. No le gustaba oír historias ni amaba a su madre. Y cuando llegó al convencimiento de que, quiéralo o no, existe un complejo de inferioridad en los bastardos,

Lázaro fue otra humanidad. “A la historia me remito —musitaba para que no le oyéramos. Y si queremos indagar en la personalidad actual de nuestros paisanos, al dicho complejo habremos de recurrir— decía mientras se limpiaba una legaña con el índice izquierdo. Nuestro pueblo, a nivel individual y colectivo, se siente despadrado. Sabe, intuitivamente, que el padre que le han endilgado no es el suyo de por sí. Lo sabe, lo sabe. Y sabe, que es lo menos grave, y sabe que jamás conocerá su identidad, que tendrá que construirse ésta, porque, a fin de cuentas y si de una vez nos encaramos con la menos mentirosa de las verdades, somos un pueblo hijo de muchas leches, dispensen la expresión” —luego se calló, sabedor de que no le escuchábamos. Esperó a que su nieto viniera a buscarlo, pues ya apenas si veía para llegar a la casa. Ni amaba a su madre desde aquel entonces: “Padre fijó sus ojos en mí, siguiendo con el trasvase del vino de la barrica grande a la garrafa, Padre me miraba a contraluz, no me había visto afeitado desde que llegué de Dahomey. Padre, ahora viejo recuerdo, antes nunca me había mirado bien. Creo que no conocía bien mi cara, lo suyo era comprar y vender vino”. Lázaro se despertó del ensoñamiento con

los tirones que le daba su nieto Lazarín en la solapa de la guerrera.

Coincidió con Lázaro en varias ocasiones y en la misma banda siempre, si bien es cierto que jamás cruzamos palabra ni mirada. Nunca me perdonó el que fuese yo quien se casara con la viuda Magdalena, nunca le perdoné el que fuese yo quien se casó con la viuda Magdalena. No me he cansado de repetir en clase que no hay nada peor que enamorarse en sueños, donde todo es inodoro. Y Lázaro se enamoró de Magdalena en sueños, por más que no quiera admitirlo: entró en la casa de la madre de Magdalena que en el sueño era sastra y en vida estaba ya difunta. Y la madre no estaba, pero sí Magdalena que le dijo que pasara y que se sentara allí. Lázaro se sentó no recordaría luego dónde, pero ya era la alcoba y Magdalena no sabía que Lázaro se encontraba de pie junto a la mesita de noche y en calzoncillos.

Magdalena se desnudó, pero el desnudo del sueño de Magdalena enamora por lo visto. Más tarde Lázaro estaba acostado por los pies de la cama y Magdalena al revés y con los pies del sueño contra el pecho de Lázaro, pero los pies del sueño de Magdalena contra el pecho enamoran por lo visto. Junto a

Magdalena dormía durante un rato, y hablaba de jazmines la madre de Magdalena que ya no era sastra. Era una niña Magdalena la del sueño y Lázaro de la vida estaba conmigo en la brigada antipoesía de aquel tiempo, y sabía de mi noviazgo con ella, que ya no era niña y que se casaría primero con otro, con el poeta rojo, y que olía a realidad mezclada con agua de colonia. Por eso no me hablaba ni nunca supe de su enamoramiento onírico. Era tímido y cantaba bajito, también leía esquelas mortuorias y coleccionaba hojas de almanaque. Era un ateo creyente por aquella época, como casi todos los demás, menos yo, el gobernador, que éramos creyentes ateos, y algún que otro sumergido.

Además de la brigada antipoesía, coincidimos más tarde en la parada de la guagua que no tomamos y que se quedaría sin frenos y accidentó a más de cien paisanos, yo ya me había casado con Magdalena, que esperaba su primer hijo, póstumo del poeta, y que fue hija. También coincidimos en un pelotón de fusilamiento en el que Lázaro volvería a mostrar su impecable puntería al reventarle el ojo izquierdo al ejecutado, como en las anteriores y posteriores ejecuciones. Y nunca nos cruzamos pa-

labras ni miradas. Se casó con una de las mantenidas de su jefe y tuvo la desgracia de que le sería decente hasta el aburrimiento.

“Pero Padre aquel día me miró bien por primera vez en su vida y vio. Y se rio como nunca, lagrimaba de la risa, estornudó una vez y otra, una vez y otra, siempre riendo, en carcajadas, y repitiendo a martillazos y entre estornudos y risotadas el nombre de Agapito y el de mi madre, una, dos, tres, no sé cuántas veces, el de Agapito y el de mi madre, señalándome siempre riendo y estornudando y haciendo cuernos con el índice y el meñique de su mano buena, la izquierda, y otra vez el nombre de Agapito, el ciego, el mendigo, y el de mi madre, la buena, la samaritana, y se llevaba, sin dejar de reír, los cuernos a la frente. Padre no volvería a hablarme jamás”. —Lázaro dijo, nadie lo oyó, y expiró de muerte natural serena, rodeado, y tal vez no odiado, por los suyos.

Ayer, luego del funeral, y nada más llegar a casa, contesté en misiva urgente a Felipe, que me había preguntado, seguro que de refilón y sin demasiada importancia, por él: “¿Y qué tal Lázaro? ¿murió o sigue ojo de pulga?”. Mentí al pobre Felipe, “sigue ojo de pulga”, pues nunca perdonaré a

Lázaro el que no se casara con Magdalena ya viuda, pues nunca me perdonó Lázaro el que me casara yo con Magdalena, la viuda de aquel pobre poeta rojo y acojonado, de aquel infeliz poeta botado a la sima por la brigada de Lázaro escondido tras una tabaiba para que no le viera, para que no supiera quién.

(1978)

Rutina, rutina

*A Oscar Valencia
y Paco Parra*

Eso, otro día, lo dijo Adán Menchaca, además de que los peores enemigos del hombre fueran la pereza mental y el ansia ciega de tranquilidad. Lo que conduciría —añadió antes y tras de echar más ceniza sobre el platito de oro—, lo que conduciría, sin apelación posible, a esas comunidades dogmáticamente fijadas —chupaba con cuidada complacencia de la cachimba marfilada—, fijamente establecidas, a una situación colectiva, gregaria.

Adán Menchaca, hombre que se me hubiera antojado poco práctico, de gesto hosco falsamente dulcificado, y entrañable de pensamientos y decires, tenía sus temores iluminados.

Citar frases o parrafillos de otras gentes puede, y se admite, parecer pedantesco. Pero más

pedante me resulta el plagio descarado, clandestino de cobardía, y más aún llamar fecundidad al hecho de por ejemplo escribir muchas páginas, confeccionar innúmeras pinturas o estatuas, como si no hubiera padres con doce hijos y ninguno listo o sano.

Adán Menchaca mastica un sueño irrealizable por incompatible con su desmaña desabrida, mastica el sueño de quedarse viudo a tiempo, no más temprano ni más tarde, sino en su momento justo, no sé por qué.

Y uno, modesto —observo que no traga el humo ni juega a los arabescos—, que busca humildemente su credo, de repente se halla leyendo en las páginas de cualquier libro lo mismo que antes y en varias ocasiones hubiera pensado o sentido.

Mas su mujer, pequeñita y menuda que jamás habla en mi presencia las pocas veces que me la encuentro, mas su mujer lo sabe y ataca —se lo noto a él entre líneas— sin cesar, hablando con su mudez airada, renegando con su servicial acatamiento, exigiendo con sus ademanes plenos de caridad católica, lamentando con sus sonrisas de buendeseo. Últimamente me abochorno imaginándola cuando miro sin profesionalidad hacia la boca bembosa de Adán Menchaca.

Entonces, si uno admitiera decir lo coincidente, la honradez estará en citar lo pensado y escrito por el otro y aludirlo sin soberbias.

Asentí con los párpados mientras apretaba fuertemente el chicle entre dos muelas. Adán Menchaca, que jamás ha sonreído ante mí, cierra los ojos en persecución de palabras que sigan sonando certeras, aspira humo, lo espira, abre la mirada para perderla más acá de mis espaldas contra la pared encortinada de verdes y rojos dorados. Y paladea antes de decir:

La soledad es el precio de los clarividentes.

Y pensé si ya había admitido con plenitud su paroplejía. Volví a contemplar sus piernas fraudulentamente muertas ahí delante, justo frente a mí y cubiertas por un edredón de seda plateada.

Por supuesto, admito que todo, sin casi, ya habrá sido pensado y repensado, dicho y redicho, qué duda cabe. Y se acaricia con la mano sin cachimba una de las rodillas falsamente insensibles. Su mujer a esta hora asiste a la novena de La Soledad. Por supuesto que lo admito sin desasosiegos.

Y alarga la mano de la cachimba hacia un taburete de caoba. Coge con el índice y el pulgar pinzados un trozo de papel arrugado y escrito sin con-

vicción. Como diría don Benito, hablo sin que nadie me lo mande y respondo sin que nadie me pregunte, por irresistible impulso de mi conciencia y exaltación de mi fe en el porvenir de la patria.

Lee como habla. Separa mucho el papel de su vista. Echa hacia atrás la cabeza entrecana de cabello compacto y esmeradamente peinado. Sin evocar otro título ni otro fuero que el de español, que eso basta y sobra para opinar públicamente.

Dobló con desmaña educada el papelito y lo volvió a dejar donde antes se encontrara. Era la quinta o sexta vez que, tal vez distraído, me lo leía.

Eso de patria y eso de español eran concepciones coyunturales, oportunas —entiendo modestamente—, apropiadas para su trabajo “Mensaje al pueblo español”. Ahora me pilla mirándole a los ojos, no simula que me ha pillado y aparto la vista con presteza hasta su detrás, a la ventana entreabierto de tarde limpia y sin ruido.

Un día escribió Hermann Hesse — delectó dos veces el nombre y apellido del alemán— que es necesario sustituir los ídolos por un credo, no recuerdo si con mayúscula. Bufó serio, hube de esforzarme por mantener los ojos abiertos. Ya me entraba la modorra, anoche hube juergueado hasta muy tarde.

Conciencia y palabra, así juntas, indisolubles, hacen al hombre, lo alzan a su verdadera categoría. Se me evadió un suspiro, él no lo toma en cuenta. Me sonrojo al pensar que en otra ocasión me hubiese descontado quinientas.

Sin conciencia y sin palabra tendremos un muñón de hombre. Con la palabra amordazada y la conciencia castrada sólo quedará un hombre convertido en acusación inútil. Aquí me pregunté si él, Adán Menchaca, el hombre que logró convertir en realidad su sueño de ser un inválido gracias a un fabuloso premio de quinielas, si él conseguirá de veras algún purgatorio donde criar esperanza. No quise mirarlo de soslayo, como debía, y cegué la mirada oyendo adrede el frío falso de sus piernas provocadamente yertas.

De esto sabemos mucho los isleros, debemos saber mucho los isleros. O, acaso, ni eso sabremos. Me removí en el sillón de mimbre senegalés. Debemos, pero ni eso se nos permite. Me había enterado por mi padre, cinco meses atrás. Y no lo sabemos, pero algunos terqueamos en la creación de un credo, con mayúscula, que a la larga prevemos tortura y placer.

Sentí hambre de pronto, trinqué el bostezo que quizás no me perdonaría y podría hacerme perder setecientas. Terqueamos con la pregunta ¿para qué?, con la pregunta ¿por qué? y anhelamos secretamente dejar la obstinación, abandonarnos desidiados en la idolatría arrullante que nos rodea a toda hora de nuestra vida, en cada latido de la noche, estemos dormidos, estemos insomnes.

Tío Belén lo conocía mejor que mi padre, trabajó con él en los astilleros. Arruga, inapreciable casi, el ceño al susurrar. Hay conciencia, mala suerte, y ansias de palabra libre, honesta, mala suerte. Y hay otros, los otros, con mayúsculas. Abandona la cachimba sobre el regazo supuestamente insensible, parece sufrir, y se me antoja joven si es cierto que tiene nietos en la Universidad y supera en edad a mi padre y a tío Belén.

La manera más eficaz de acabar con toda posibilidad de que haya justicia tiene nombre: legislar, legislar sin descanso, legislar tanto, que el hombre, con minúscula, se sienta siempre delincuente aún no apresado. Así malgastamos la conciencia, así prostituimos sin redención la palabra. No podía simular que había sido pobre y esquirolo jamás arre-

pentido. Se contempló las manos recordando qué debía decir. Yo sólo tenía que escuchar, fingir que escuchaba, como mi colega de la mañana tenía que instruir, fingir que instruía. Nos pagaba para eso.

Lo demás es meridianamente comprensible, brilla hasta para los ciegos. Bajó la voz lo justo para que yo pudiera seguir oyéndole. De ahí que las monarquías, aunque se llamen repúblicas, sean el escudo o la excusa de los reaccionarios y el desesperante freno de los progresistas. Todos los reyes son reaccionarios por naturaleza, por esa pretendida creencia de que están por encima, al igual que los jueces. Lo decía sin énfasis especiales, como recitando con dificultad, vocalizando correctamente.

Sonreí para mis adentros cuando recordé que la invalidez impuesta no repercutía en su actividad sexual. Una sonrisa se penalizaba con mil. Rutina, rutina, y más cuando acecha la muerte y tras la muerte aguarda el infierno para los rebeldes, para los que hubieron pugnado por sustituir los ídolos por un credo, no sé si con mayúscula o minúscula. No, jamás tuve curiosidad por conocer a mi colega, al de la mañana, al que le tocaba instruirlo.

Bostezó suavemente mientras miraba sin disimulo el reloj de arena diamantina, me queda-

ban alrededor de siete minutos según calculé, pues llevar yo reloj se penalizaba con cuatrocientas cincuenta. Y más cuando acecha la incompreensión entre los pisoteados, entre los que han perdido la fe en la ilusión y únicamente poseen la maldición de ver odiosos semejantes tan o más sufridos que él.

Tampoco sopesé si estuviera loco, eso no me importaba, a mí, maestro en paro que cobraba por escuchar a un inválido a posta y de capricho tras haberse enriquecido repentinamente con una quiniela. En política, que todo se reduce a política, y más aún cuando se propugna y alardea el denominado apoliticismo, en política, no nos engañemos, solamente importan los ídolos, las imágenes, las ceremonias de feria, el rito forzado en dogma formalista, obnubilador, dogma que impondrá el poder valiéndose de todos los medios a su alcance, incontables y bendecidos por quienes se adueñaron de las llaves del paraíso. Tampoco me preocupó lo más mínimo si sabía él de lo que me hablaba, yo me ceñía a guardar silencio, asentir imperceptiblemente de cuando en cuando.

Tío Belén me había dicho, calmo, que Adán Menchaca, hombre poco práctico y de gesto hosco y de pensamiento entrañable pero menso, siempre

trabajó dócil y sin apuros, soñador. Y alguna vez me encontré buscando en el rostro del fingido paralítico algo del hombre de quien me hablaba tío Belén. En política, la gente con credo personal compartido o no, iconoclasta por consiguiente y de conciencia activa, no sirve normalmente, aunque a la postre, cuando el poder con mayúscula lo considere conveniente, puede ser útil para determinadas eventualidades. Ningún hombre digno puede ser útil para determinadas eventualidades. Ningún hombre digno puede ser monárquico. Eructó.

No aparentaba ser maligno y sus ojos fríos apenas si los vi parpadear alguna vez, parecían no verte o mejor traspasarte. Y nunca me mandó a buscarle algo, agua, cerveza, la bacinilla, algo, nunca. Ni me pediría opinión, saludo o despedida, ni oyó mi voz, pues se me había contratado a través de la chiquita que lo asesoraba eróticamente. Llegó la hora del final de jornada. Calló tras mirar el último polvillo de diamante caer en el reloj de arena. Lo trágicamente bufónico es que nosotros, el pueblo, parecemos confiar en que pueda haber un mínimo de redención social con una monarquía, aunque se llame república. Y que una multidictadura burguesamilitar en un país plenicolonizado como

el nuestro llegue a engendrar en algún futuro el menor asomo de lo que se pueda llamar sin falsía una democracia. Fue lo último que dijo, algo deprisa para acabar justo con la última arenita. Me levanté sin ruido y salí sin ruido. La noche me acogió, como siempre, hermosa y benigna.

Noviembre, 81

El escritor y un miedo más

A Rafael y a Elva

El escritor se ha levantado, lleva las manos a su cintura. Se estira.

Suele el escritor escribir sentado en el suelo frío, sobre los pies cruzados, a lo oriental. Y escribe con el torso erguido, disciplinado, en cuartillas cuadrículadas encima de una tabla apoyada en los muslos.

A veces pasea, mira con rutina hacia el techo, mira a lo lejos, a más allá de la ventana reflectante, mira las cuartillas esparcidas por el piso. El escritor suspira adrede, hurga en los oídos, está solo en casa. Lala y las niñas, tres, fueron a misa.

Ahora, dentro de unos minutos, tomará la resolución prevista, implacable. Quedará todo decidido, consumado e irremediable nuevamente.

Quizás luego, a la noche, mientras piensa, dejará la cama y, tembloroso, otra vez se meterá en el retrete a llorar. Esperará a que Lala duerma profundo, se engañará en intentar olvidar cuanto escribiera entre anteayer, ayer y hoy.

Tiene que olvidarlo. Y lo olvidará, de igual manera que ha olvidado tantos cuentos, tantos poemas, tantos artículos escritos sin pasión, sin fantasías, con mucho mimo, sin asomos de rabia, pero impublicables por ley, por miedo. Primero será la destrucción, después vendrá el olvido manso, dócil, fatal, consolador.

Se agacha el escritor a recoger ordenadamente las cuartillas, doce, del cuento recién acabado, redondeado, con la definitiva de sus caligrafías. Escribe a mano, detesta la máquina por deshumana.

Fueron tres, como suele, las versiones. En la tercera, la aceptada, dejaría la narración a un testigo, a uno que vio, oyó, olió, tragó saliva y sintió. Nadie de los personajes hablaría por sí mismo, todos lo harían en boca del testigo. No había punto y aparte, las frases serían largas pero cortantes, abundarían los verbos fuertes pero muy sentidos.

Así quedará más sugestivo, pensó el escritor. Y

se preguntó para quién, dándose vergüenza otra vez. Escupió el cigarrillo extinto, tenía la sala hecha un asco, luego lo pisó.

En la versión una había mucho diálogo. No le sedujo tanto distanciamiento del drama. Surgía muy frío el relato, acartonado. En la segunda repartió la palabra entre el sargento y el trabado. Pero no halló el calor que precisaba, sobre todo en el sargento, y la historia no calaba, resultaba jabonosa.

Con la tercera versión se mostraba totalmente satisfecho. Incluso se felicitó por el oficio que había adquirido y sonreía sin trauma. Además iban a ser mínimas las correcciones: cambiar el orden a un par de palabras, suprimir algún adjetivo rechinante, añadir dos o tres adverbios insistentes y tal vez un pronombre aclarativo.

Concluido sin apelación el cuento, comienza el escritor las relecturas. En la quinta de éstas, demolidor, comenzará a invadirle el miedo esperado, instintivamente anhelado. Por mucho que se mentía intentando esquivarlo, sabía que estaba allí, que no tendría que aguardarlo porque lo llevaba ya en él, definitivo. Y apareció casi como solía, dulce, seductor, sin ganas de humillar, desprovisto de aspavientos innecesarios, casi como solía.

El sudor frío le ha de bañar en la octava de las relecturas y no en la décima, como le ocurriera en lo último que había escrito, un poema, y que luego destruyera.

La decisión de hacer desaparecer el cuento fue tomada en la décimosexta, ya agobiado por el sufrimiento, plenamente vencido, sin ánimo para prolongar las relecturas. Se dijo en voz alta que perdía fuerzas con el tiempo, que ya pronto no alcanzaría las diez. Y se tuvo lástima.

Ya más calmo, se levantó del sofá frente al televisor apagado y se puso a pasear de pared a pared, enjaulado. Acabó encendiendo el televisor.

Tal cual las veces anteriores, el escritor oye voces iluminadas que reverberan en su mente mientras rompe lo escrito en pedazos muy pequeños, ínfimos, y una a una las cuartillas, moroso, muy moroso, se diría que cariñosamente.

En el cenicero grande, el de caracteres árabes, quemaría el montoncillo de trocitos. Antes de que se consuma el fuego, prende un cigarrillo.

Sabe el escritor que olvidará. Y ello le tranquiliza sobremanera. Siempre olvida, y es un consuelo saberlo. A lo más tardará cinco días, lo normal es que sean cuatro.

Luego, otro asunto hecho poesía, relato, artículo periodístico para ninguna prensa, otro asunto que se escriba irremisible, lo distraerá con saña mansa, y eso es bueno. Ya admite el escritor que olvidar lo escrito y destruido por temor a su publicidad será siempre lo mejor, lo único mejor.

Escribirá, sí: lo necesita mórbidamente. Darlo a la luz ya no es tan necesario, y se consuela. Tiene mujer, familia, un trabajito fijo. “Debes estar agradecido”, se argumenta con casi convicción. Hace tiempo que no necesita recurrir a eso de que volverán, de que volverán los salvadores de la patria, de que volverán y no tiene que dejar ninguna prueba de ser hombre pensante, de ser hombre que se hubo atrevido a objetar. Hace tiempo que no lo necesita.

No te compliques la vida —aconseja el buen amigo, y el escritor agradece con un apretón en el hombro.

Da gracias a Dios de que tengas un trabajo en tiempos como éste —reclama amorosa la madre, y el escritor tranquiliza con un pellizconcito en la mejilla.

Piensa en las niñas —suplica amenazante la esposa, y el escritor da confianza con una tortita en la nalga.

A la noche, después del llanto ahogado, aún en la memoria el amarillo burlón de las llamas naciendo del relato que se aniquila, el escritor osa recordar. Recuerda el escritor, confusamente. Y recordará cómo surgió la necesidad de escribir el cuento, la búsqueda del argumento, de la técnica a emplear. Recuerda que tan necesaria era su escritura como su postrer destrucción. Y sonrío sin amargores.

Recompone en su memoria cómo le habló el vendedor de vinos en la tienda de Domingo, mientras éste, hecho ya el pedido, reordenaba con rutina las verduras y las frutas, un poco. Borillo y Paco el hermano de Tito acababan de marcharse. Era la hora de las copas en tienda de Domingo. Ni Pepe el de Lola ni Tomasito Padrón habían asomado por allí ese mediodía, lo que extrañaba. Manolo Navarro trabajaba hoy, tenía turno, y Perico Socorro seguía en la mar.

El escritor aguantaría el remoloneo de no volver tan pronto a casa tomando a sorbitos la última cerveza. El vendedor de vinos había pedido a Domingo un vaso de leche. Lo que no recuerda con precisión el escritor es cómo y cuándo inició el vendedor de vinos la conversación con él. Sí recuerda que le dijo: dice don Domingo que usted escribe. El

escritor respondió que a veces, por afición, para matar el rato, entretenerse en algo, y sonrió sin ganas de seguir hablando, algo ruborizado.

El vendedor de vinos tenía en su habla un resabio de malos recuerdos y unos suspiros engañados. Recuerda el escritor que también había dicho: me gustaría saber escribir como usted, lo que le extrañó, pues nadie sabía cómo escribía él. Le pedía disculpas a cada momento —recuerda. Dispense, pero —decía, y continuaba hablando. Se bebió, tres, los vasos de leche sin respiro, de un tirón.

Tenía cosas que contar —decía. Pero que no sabía. Le pareció tristísima la sonrisa mercenaria del vendedor de vinos.

A esa hora no vienen mujeres a comprar. Y se enteró el escritor, silencioso, un poco ajeno al desahogo innecesario del vendedor de vinos, que miraba fijamente el vaso vacío entre sus dedos, y se enteró el escritor de que aquél había servido en la Legión Extranjera. Supo de refilón que se había incorporado a ella huyendo asustado de un posible encarcelamiento por robo y destrozo de un chevrolet azul, cosas de juventud —sonrió complacido.

El escritor recuerda que pidió otra cerveza y que invitó a lo que quisiera el vendedor de vinos.



Este rechazó agradecido la invitación y le enteró de que padecía úlcera —se señaló la boca del estómago. El escritor entonces dijo a Domingo que dejara, que no le pusiese más cerveza y dijera cuánto le debía.

Mientras, seguía enterándose. La madre del vendedor de vinos enfermaba crónica del disgusto, seguía viva pero mal. En la Legión había un alemán de Hamburgo y un perro inglés y enorme, negro, llamado Diable. El dueño del perro había sido un francés que fue fusilado no supo el vendedor de vinos por qué. Otro legionario, el destino es así, sorprende una noche al perro negro y al alemán trabados, a orillas de la playa. El perro negro se empinaba detrás, el alemán de Hamburgo se malveía agachado delante.

Hablaba con respiración de pena dulce el vendedor de vinos. Recuerda el escritor que se sintió molesto, que no quería seguir escuchando. Pero que oyó. Recuerda que el vendedor de vinos perdía la mirada dentro del vaso vacío y que la historia que contaba parecía gastada por el uso, que se dirigía a nadie. Y que Domingo barría por hacer algo.

El otro legionario avisó a un sargento, sigilo-

so. El sargento ordenaría al que puso en aviso y a otros dos que llevasen un carrito de transporte a donde se trababan Diable y el alemán. Luego mandó que montasen a los trabados en el carrito. Y que los trasladasen al centro del patio grande. Se llamó a todos cuanto se pudo, para que viéramos y aprendiésemos. El alemán lloraba a gritos, parecía carcajearse. Pedía con estertores de hiena que alguien lo matase, que por la Virgen Santa le pegaran un tiro. Era un alemán católico. Y lo pedía por favor. El perro negro, detrás, encima del hombre que suplícaba, ladró asustado, como si pidiera disculpas avergonzado. Se hizo un coro en torno a los trabados. Uno gritó de ésta te preña, Frank. Quienes miraban comentaron, se rieron, algunos sufrieron, otros vomitamos.

Recuerda el escritor que se dispensó pues tenía que irse, que el vendedor de vinos no le atendió la excusa y que le oyó decir: cuando Diable logró destrabarse, corrió aullando hacia la playa. Algunos lo azuzaron con piedras.

A la noche, ya prendida la semilla del desasosiego, preguntó a Domingo si sería verdad lo que contó el señor de los vinos. No sé —dijo Domingo, y por lo visto el alemán ése quedó enloquecido,

arrodillado, mirando alrededor, sin lágrimas para seguir llorando, y de un salto arrebató una metralleta, pero no murió de los disparos que se metiera sino después, meses después, de un navajazo y peleando por una mujer, por una fulana.

Esa misma madrugada, insomne, no tendría más remedio que empezarlo. Y lo empezó. Ahora, ennadedido el relato por el fuego, se instará sin resultado a dormir. Hace mucho que no sabe el escritor lo que es un buen sueño de seis u ocho horas seguidas.

Por cierto: tres días más tarde de haberse olvidado, por fin, del relato enmudecido, compra el escritor la prensa y se sienta en una de las bancas junto al quiosco. Lee, entre otras cosas, las bases de un concurso para novelas convocado por una poderosa empresa editora de periódicos, y el escritor sonríe.

Sonríe con una amargura desmedida.

Benalmádena, 26. 5. 80

El aplauso

*A los compañeros trabajadores
de la imprenta "Pérez Galdós"*

A eso llamo yo, simplemente, hacer justicia: dar a cada quien lo que le corresponda. Si hasta hoy se hubiese hecho así, mucho mejor irían las cosas por este mundo.

Repito que no comparto tu postura. Un crimen, quiérase que no, es un crimen, y no más vueltas a la hoja. Para que me vengas ahora con si un acto de justicia, de gallardía. Según tú, entonces, habría justificaciones para innumerables crímenes: si la justicia es, fuese, como dices. Quita, viejo.

Y en realidad es lo que de veras ocurre, ocurrió siempre: quien ha podido se ha endilgado el cargo de justiciero. Y los demás a... Si no, fijate: ¿qué hacemos tú, yo, todos los baifos que aquí ves a nuestro alrededor formando tal monstruosa piña de millares de granos? Pues poner el cogote para que quien se atreva nos ejecute. Claro que a veces

se tiene ¿la suerte? de morir en la cama, con la creencia de que no, nanay, nada ha pasado, no te han ajusticiado. Y sin embargo ¿cómo viviste?: prisionero que aún no sabías la hora de pringarla, si te liquidaban luego, o mañana, o tal vez, y sin saberlo, a cadena perpetua. ¡Ah, quién tuviera las agallas de ese muchachito! el chiquillo vale, apechugó con su obligación. Se atrevió, no importaba las probablemente funestas consecuencias que traerá consigo, se atrevió a hacer cumplir su deber. Digo deber, que no derecho.

Viejo, no comprendo tu postura. Ese jovenzuelo es un criminal; añádele: un parricida. Loco, ojalay, puede que esté: es lo que, honradamente, le deseo. Y ponle las circunstancias que quieras: ninguna pesa lo suficiente para disculparlo. ¡Pobre crío! Si vieras que, en el fondo, me da pena.

¿Pobre crío? ¿Te da pena? ¡Venga, hombre! Llamar pobre a uno que cogió su alma y la alzó del chiquero en que estamos para enseñarnos: señores, que yo vivo, que no soy vivido, puedo ser juez y verdugo. Todo un envidiable el chiquito, en la edad de la lucidez pura que nada menos. Y dime, en su caso, a quién había de aguardar para que le pusieran justicia; dímelo, anda.

No logro explicarme cómo puedes hablar así, que borracho no estás, tú, tan pacífico, tan en tu puesto, tan , ¿y qué me dirías si tu hijo, claro que la situación es distinta, si tu hijo pensara hacer lo mismo contigo?

Si la situación fuera la misma y tuviese yo la honestidad de valorar con rectitud, estaría orgulloso, no te me rías, de mi hijo, si pensara liquidarme; sería su obligación. Y no pongas esa cara, sé lo que me digo.

Desvarías, viejo, y...

Lo que, y eso me permite dormir tranquilo, lo que está siendo educado para que mantenga el totiso gacho hasta que muera, la vistita en la tierra, come, engorda, gruñe, pero calla; sé lo que me digo y no he bebido nada.

En la foto del periódico parecía un muchachillo tranquilo. Dicen que se entregó como tal cosa: he matado a un hombre. No dijo que a su padre; he matado a un hombre, así, tan calmoso.

Eso no era un padre. Era un cebado que necesitaba le hicieran el favor de pasaportarlo de este mundo.

Oye, viejo; tú lo conociste; me corto el cuello si me equivoco.

No, a ellos no los conocía.

Pues, viejo, tu manera de hablar, tan rara, tan... Que, en fin, nunca te vi antes así, tan pálido, corajiento.

Conocí a la madre, la madre del muchacho, hace tiempo.

Por lo visto era ilegítimo, hijo natural.

Bastardo, peor que piojo: era un bastardo, ni perro vale menos que bastardo. Y más peor cuando el llámalo padre resulta un encorbatado bien puesto que tiene más miedo que siete viejas a que su posición social se tambalee. Y que haya miserables que ni ganan qué comer y tienen la osadía de mantener dos casas bien hervidas de chiquillos, a la cara, sin ocultos; y atiende a las dos, y todos son sus hijos, no creas, cariños aquí y allá.

No me salgas con majaderías de este tipo y ven al grano. Me apuesto que tú y la madre, del, en fin, que. Bueno: tú dirás.

Sí, hace mucho tiempo, siglos diría, y de repente todo revive y te pone la vida de frente, desnuda, y te asqueas con saña impotente, como si el alma se te añuscara provocándote arcadas, pero no vomitas porque descubres, haciéndote cínico el extrañado, que no tienes qué vomitar. ¡Más lim-

piadita mujer! Si la hubieses visto de joven.

Oye, viejo: ese brillito húmedo en tus ojos me. No vayas ahora a.

No te preocupes. La quise. La quise mucho, enfermo, con esa clase de amor que te acerca a la noción de infierno que nos enseñaron cuando niños en la doctrina. ¿Cómo decía? Pena de, pena de, espera a ver, pena de daño y pena de, lo que fuera: anhelar estar con Dios, más o menos, y no poder gozarle. Eso: y no gozarla. Saberla ahí, al alcance de tu mano y no poderla saborear. Horrible, hermano. Y más tarde ve y entérate que un vejstorio que puede ser su padre anda saboreándola como tanto y tanto soñaste. Y de querida, de mantenida. ¿Quién entiende esto, mano? Ella, la que enamora-ba a todo el barrio, pero a mí, sólo a mí, a muerte viva. Y pensar que fue elegida miss nacional y todo, reina de belleza. Esto fue lo que la jeringó. A lo mejor te acuerdas de esto. No: por esta época estabas fuera todavía.

¿Y no la conocí luego aunque fuese?

Creo que no. Al menos, cuando volviste, hacía tiempo que había dejado el barrio, y no tengo fotos que enseñarte. Llegué a tener bastantes, montones, y recortes de revista con interviús y todo. Hasta

publicaron que le ofrecieron hacer cine, cosas de ésas. Era muy linda. Cuando me casé las rompí todas, no fuera a meterse el diablo en mi casa al ver mi mujer tanta fotografía de otra. No dejé ni una. Nunca he logrado explicarme cómo aguanté tantos desplantes, cómo no tuve el suficiente arresto para pirarme de aquí, irme donde tú, adonde fuere, lejos ¡Cuánto baboseé!

Me sorprendes, viejo. Qué callado te lo tenías. ¡Yo que pensaba conocerte! y ahora vas y me sales con tal historita.

¿Qué pintaba un simple oficinista con pretensiones de poeta ante una preciosidad como aquélla, a la que comenzaron a lloverle solicitudes encopetadas? Recoger velas, que era llenar cuartillas de poemas luctuosos.

¿Luctuosos?

Llorosos: jairadas que uno comete. Gracias a que me cogió el cuartel por ese entonces y me arranqué de aquí durante un tiempo. Cuando volví me forzaba en no recordarla. ¿Y sabes?, me acostumbraba a no verla; no quería ni oírla nombrar. Hasta que me enteré de que ya no vivía en el barrio y ¿tú entiendes algo, mano? me puse triste mucho rato; y, queriendo que si no, ansiaba topármela por

ahí. Tenía barriga cuando la tropecé. Nos saludamos. No te hacía casada, le dije. Se ruborizó, bajó momentáneamente la mirada, para enseguida sonreírme abiertamente, tan relinda, y: ya ves, me dijo, ¿cómo te va a ti? Fue años más tarde: un conocido me lo contaba. Ella, lo que nunca podría haberme imaginado, estaba de querindanga con un bien puesto que tenía hijos más viejos que ella. Y le había hecho tres chiquillos. Pero que, por lo que se oía, el señorón la tenía medio abandonada, celaba de ella, apenas si le daba con qué alimentar a las criaturitas. Que se vio obligada a trabajar, fregar pisos en un Banco.

Es la vida, amigo.

Y me dio por ir a esperarla donde trabajaba. ¿En qué paró su cintura de avispa? Las piernas llenas de varices, pero la seguía viendo tan bonita que. Lo gano bien, le dije. Que si quieres casarte conmigo: sé lo tuyo y reconoceré los niños como míos. Que yo te quiero, ahora más que antes. Y no es pena, lo juro por lo más sagrado. Y ella sonrió forzándose: no puede ser. Si supieses cómo te lo agradezco, no esperaba jamás eso de nadie. Dije: eres lista, buena. Que casados se me agriaría el carácter, no me perdonarías mi pasado, esas cosas pa-

san, no insistas por favor. Además que quería al otro, ¿tú entiendes esto, hermano?, al padre de mis hijos.

Viejo, me tienes mosqueado.

Está bueno, le dije. Y nunca más volví a saber de ella. Hasta que anteayer en la prensa vi sus apellidos tras el nombre del jovencito que había malherido a su propio pa.

Mira: ya sale el equipo.

(Una ensordecedora ovación recibía a los once futbolistas que aparecían sobre el terreno de juego. Los dos espectadores unieron su entusiasta aplauso al de aquellos millares que repletaban el estadio).

Diciembre, 1971

Chantaje bendito (Insomnio)

*A Félix Arencibia,
Tomás Rodríguez y
José Manuel "Acratuelo"*

En alguna parte y determinado momento supe o me hice creer —fatalmente— que también el miedo se hereda: vuelvo a mirar el rostro dormido de Adrianín, soplo su cabello. Y se hereda de igual manera, e incluso de manera más acusada, que el color de ojos, cabello, piel: no cesa el viento, mi mujer ronca sin remedio desde el último catarro, siguen claras las noches. El miedo supone una de nuestras herencias más insoslayables y lo observo demasiado enraizado entre nuestra gente: contemplo la frente iluminada de Adrianín y no puedo evitar “¿cuánto heredarás tú, hijito?” en un susurro.

Fueron incesantes las zozobras por las que pasaron nuestros ancestros, tan apretada la cadena de

avasallamientos a que se sometieron, inmensas las hambres bien administradas a que fueron forzados: soy Adriano Santafé, el nieto lamentablemente culto de una puta buena a quien quiero mucho e intento dormir junto a mi hijo en un colchón sobre el suelo, hace calor. Basta con abrir los ojos de la comprensión y mirar, ver, y contemplaremos una ratonera donde cualquier tipo de defensa resultará un gesto romántico o de guapo morir, a tanto ha subido la indefensión: cuando llegué a casa, todos dormían y las playeras de mi hijo estaban en una bolsa plástica sobre la mesa, junto al bolígrafo, junto al periódico del domingo —el único que compro—, junto al “Hombre rebelde” de Albert Camus y al “Manifiesto” de José Caballero Millares, junto a una estatuilla de barro parduzco, junto a la libreta de citas y apuntes.

Sin remisión el miedo diluido en los gestos hacen de nosotros unos agresivos abusones ante cualquiera de quienes podamos constatar como inferiores, como gente sin posibilidad de réplica, sean hijos, mujeres o maridos, empleados o alumnos, reclutas, policiados, simplemente gobernados, mas pocos diremos que todo ello es producto de la cobardía impuesta: coloqué la bolsita con las playe-

ras en el suelo, tras la puerta que da al pasillo y me senté en la silla del comedor de mi hermana, en la silla que me regaló al sobrarle.

¿Es el miedo propiedad sólo en cuanto vivimos en las islas ratoneras?, habrá quienes creen que sí, poniendo como argumento los casos de quienes emigraron e hicieron actos de solidaridad y valentía por ahí afuera, ojalá y tengan razón: y me puse a pensar sin fe ni caridad en mis hijos, los tres, el machillo y las pendejitas, con una rabia endormida, gomosa, con la rabia roída que empieza a minarnos cuando nós acercamos a los cuarenta años con irrefutable clarividencia, “Porque el pueblo es siempre el monstruo al que se combate, se amordaza o se encadena; al que se maneja por medio de la astucia, como al rinoceronte o al elefante; al que se doma por hambre, al que se desangra por colonización o guerras prefabricadas; y uno es pueblo, y los hijos de uno son pueblo”, escribí en la libreta de citas y apuntes.

Por de pronto admitamos la existencia de casos concretos de nuestra imposibilidad de gestos permanentes de antimiedo, por no decir de valentía, y recordemos como ejemplo el caso de ese amigo comerciante que nos confesó el temor de su

hermano cuando le publicaron, en el periódico, un artículo exclusivamente técnico, es químico el hermano de ese amigo comerciante y en dicho artículo no denunciaba nada ni a nadie, simplemente exponía unos hechos como consecuencia de las correspondientes investigaciones, pero tenía miedo no supo decir a quién y era la primera vez que mandaba algo a la prensa: por la mañana me ocupo de charlar sin parar, él dirá de instruir, en casa de un paralítico riquísimo que me escucha fijamente, sin mover un solo músculo, tenso, y durante cuatro horas, y por la tarde vendo libros por la calle, de noche leo y recito en una sociedad de ciegos hasta las once, Adrianín da un brinco en el sueño y cae del colchón, despierta, fija sin verme sus ojos en los míos y se arrastra hasta contra mi costado izquierdo, enseguida toma las respiración del profundamente dormido.

No olvidemos tampoco la seguridad con que otro amigo, uno que trabaja de profesor en la Escuela Rural, afirmaba que ante otro golpe fascista como el del treintiséis se cargaría a sus hijos, pues prefiere saberlos muertos que huérfanos —él se da por ejecutado— bajo otro régimen religiosamente —es así como se expresa— satánico: el trabajo del

paralítico me lo consiguió mi sobrina Vida, que le asesora eróticamente, y es donde mejor gano, cuánto molesta el viento y el tintineo de la antena del televisor al cimbrearse, más aún que los ronquidos de Azucena allí en nuestra alcoba.

Y hay culpables, con nombres y apellidos, irremediables, que jamás crearán su culpabilidad, que incluso nos forzarán a la adecuada pleitesía para su condición de privilegio criminal, pues el mayor de los privilegios —no nos engañemos— es la potestad de disponer capacidades de liquidar vidas físicas y morales: todos duermen, menos la cabra arriba en la azotea—y asustada por el viento—y yo aquí tendido junto a mi hijo e incansable buscador de sueño, parece que encienden una luz, sí, una de mis niñas, creo que Paz, se ha levantado, la oigo orinar fuerte y largamente, sonrió al imaginarla con los ojos vencidos, volver sonámbula a su camita, se olvidará de apagar la luz probablemente, tendré entonces que levantarme, no, la ha apagado, chirría el somier cuando cae como plomo sobre el colchón.

De los simples es el reino de los cielos, se cree que dijo el Cristo, y el de la Tierra. —añadió, ya casi borracho, mi suegro—, pues sólo a los simples, con cinismo o sin él, les puede caer la nefanda lotería de

creerse y hacer creer que son los guardianes o guías con su alto salario anegado en sangre, por supuesto, a pesar de sus riquezas, medallas o títulos nobiliarios o no, maldita sea —pide otra copa doble de ron—, irredentos redentores de nuestras existencias, enemigos del pueblo, ellos lo intuyen, y por eso nos odian y de contrapeso pregonan amor a entelequias como honor, deber, patria, dignidad, prestigio, mierda para mí —de un trago fugaz acabó la copa—, ¡Santo Dios!: después de cenar, potaje de berro amasado en gofio y un trozo de queso duro con un vasito de vino herreño, volví a la mesita de lectura, escribí en la libreta de citas y apuntes, “Hay ricos y pobres, poderosos y sometidos, amos y servidores, césares y corte que mandan a combatir y gladiadores que van a la muerte para solaz y provecho de aquéllos, alabadas y creídas personas llamadas listas porque han tenido el mérito de ponerse al lado perruno de los amos y recoger las migajitas de poder que caen de las mesas de sus señores para luego, con ímprobos esfuerzos, hacer caer sobre los demás todas esas inmundicias llamadas leyes y deberes y conciencias patrióticas y sacrificios y respetabilidad, y sociabilidad y demás cobardías armadas hasta las vísceras”, me daba un poco de

ácido el gofio que comí y lamenté no haber comprado el bicarbonato cuando estuve en la farmacia por el champú y la loción.

Porque son eso, mastines de lujo, pero mastines, y tienen que tener amo, es su maldición, aunque se les llene de medallas y oropeles —jamás había visto yo a mi suegro tan eufórico, pero su voz se modulaba firme, desairada, y la mano con la copa parecía bendecirnos ininterrumpidamente—, nunca serán libres, nunca, sólo mastines de lujo que asustan, cierto, pero mastines y aunque mueran reventados de riqueza y de eso que llaman poder y que sólo es el hueco de muerte que les ha tocado rellenar, mierda para mí —luego brindó por la pobreza, por sus nietos y por ese cielo tan bonito. Mi padre sonreía, jamás me habló de la abuela puta, de su madre, al contrario que mi tío Azul, que la adoraba y llenaba de mimos y regalos y que se atrevía a llevarla en sus viajes al extranjero no importara los noventa y siete años de la vieja, pura piel reseca y pura alegría sin descanso, “aprendí a querer tanto a la viejita —me decía tío Azul con los ojos brillantes de amor— cuando caí en la cuenta de que mi madre podía haber sido una condesa, una duquesa, una esposa de general, una famosa

del cine o de la canción, una reina y eso sí que ha de ser una inmensa maldición, pero fue puta, a Dios gracias’’: hace rato que tengo ganas de orinar, me las aguanto, parece que remite el aullido del viento, Adrianín emite una frase soñada de la que sólo entiendo guerra, si lograra dormirme pronto.

Y si la solución es encogerse de hombros y rezar o rechinar de dientes, así se hará, y si la solución fuera encarar la realidad con rabia y desprecio caritativo, así se haría. Lo que sea, menos la aceptación explícita de una mentira cínica y a marchamartillo. De ahí mi afectuosa, mi visceral simpatía por quienes, vituperados, escarnecidos, sorroballados, pobres en dinero y en audiencia y en argucias maquiavélicas, se saben y admiten y pregonan ser ricos en desesperación, en miseria, en populismo enrabiado, en espectros nacionalistas autodeterministas o independentistas sin preguntarse qué vendrá luego y con fe ciega y sorda. Cuán reconfortante, y en un mundo donde nada ni nadie es independiente, nos resulta el ver y sentir que todavía hay en los nuestros quienes pidan libertad, independencia, aunque lo prohíban, aunque lo mofen: no aguanto más y he de levantarme, me siento en la vasija con un tebeo de Astérix, la Cizaña, oigo

disonos, broncos, los ronquidos de Azucena, miro el reloj, las tres menos once, orino.

Ajayay —exclamó con los brazos alzados mi suegro—, pero hubo otro miedo, el consolador, el que nos alegra a los pobres, a los plebeyos, a los nosotros —hizo la guerra con los llamados nacionales y nunca olvidaría las risas y mofas de aquellos dos curas sobre una camioneta regresando del fusilamiento de cinco infelices, sus gestos bufos que remedaban las caídas y lamentos o ademanes de orgullo de quienes iban, indefensos y atados, a morir sin saber por qué, él hacía guardia y cuando lo cuenta siempre se añusca y no parece el mismo, como si también se sintiera culpable: mierda para mí—, y es el miedo que impuso Calígula, sí, el romano, a quienes los historiadores llaman loco, como si hubiera un cuerdo, un sano, que llegara al poder, sí, ése, Caligulilla —mi suegra le volvió a suplicar que no siguiese tomando, que mañana no podría aguantar la resaca, que cuándo aprenderá y nunca escarmienta—, el terror que hizo sentir a los poderosos de su Roma, a los patricios y altos mandos militares, y por eso fue amado por la plebe, por los como nosotros, el consuelo de tontos, acojonar a los oligarcas que se notaban indefensos, hu-

millándolos hasta lo subhumano, prostituyendo a sus mujeres e hijas e hijos en el burdel imperial que se inventó, arrastrándolos menos que perrunos al obligarles rendir obediencia al caballo que nombró cónsul, mierda para mí —reíamos todos, menos mi suegra, que preveía la mala noche y el mal día que le aguardaban, y pienso que ese amor que la plebe, los mierdillas, sentían por el Tirano tierno de figura y gestos, más que a la bajada de contribuciones y a las fiestas escandalosas que les proporcionaba, más que a esto se debía al placer que les ofrecía el saber del escarnio justiciero por el que pasaban los verdaderos tiranos, los únicos, de aquel pueblo, de todo pueblo —recuerdo que tío Azul recriminó a Raquel, su mujer, que hubiera llamado la atención a mi suegro de que había niños delante, y recuerdo que tío Azul, abstemio por la úlcera, volvió a pregonar que su madre, la más buena mujer del mundo, había sido puta ilegítima, pues las legítimas son esas que se casan para joder a los maridos; no llegó a mayores la cosa, pues nos calló a todos mi cuñado Marín con su enorme vozarrón de barítono cantando a todo pecho Tú y las nubes me tiene loco, tú y las nubes me van a matar: parece que me entra sueño, cagué un poquillo, quedan tres hojas para

acabar el tebeo, lo terminaré, ¡si no me desvelara tanto! (*)

Pienso sin rencor, sin el menor asomo de regodeo: ¿Nos imaginamos un Calígula, ahora, prostituyendo a las señoronas de nuestros mandamases todos, y a la plebe más lumpen, más mísera, más mierdilla como dice mi suegro, pagando al emperador alcahuete para servirse de tales matronas o de sus hijas o hijos? No sirvo, no sirvo: me da asco, siento escalofrío, jamás serviré para alegrarme de males ajenos, jamás. Por ello me duele lo de mi suegro, me sorprende, incluso pienso si desvaría por las copas, pero no, he de admitir que hay coherencia, amarga coherencia, en cuanto dice y sueña, pobre viejo. ¿Nos imaginamos la humillación más rastrera posesionándose de los medrosísimos patricios nuestros, todos ellos, ante cualquier capricho caliguliano, incluido el sodomítico o la petición de suicidio en aras del “amor por tu dios Calígula, ¿o no crees que soy Dios?”, nos lo imaginamos?. Ahora puede que me explique un poco el porqué del respeto de Camus por el controvertido emperador, quizá porque la locura genial de Calígula fue, y no es paradójico pero sí rarísimo, subvertir el poder desde el mismo poder, desde el poder en su pun-

to álgido: la locura por hastío, por asco. Siento calor, ha vuelto el viento más fuerte que antes, se ha despertado Adrianín y ha pedido agua, me levanto, voy a la cocina, medio un vaso, cuando vuelvo ya duerme otra vez, la dejaré aquí por si despierta de nuevo, ya son las tres y veintisiete.

(Cuando su mujer lo despierta, vuelve a preguntarse- como todas las mañanas- ¿a qué hora me quedaría dormido?).

Diciembre, 1981

(*)NOTA:

El papel higiénico se había acabado. Después de defecar, se limpió con dos hojas de block arrancadas y manuscritas en cuidada letra menuda y apretadísima, que decía así:

18 marzo,

Me imagino que a pocos dejarían indiferentes los sucesos y versiones y actitudes acaecidos antes del golpe militar, durante el golpe militar y tras el golpe militar. Digo bien: golpe militar, y no intontona de golpe o golpe frustrado.

Por supuesto, parto de la base de que Corona

no se reduce a rey, reina, hijos y demás familia, al igual que Caudillazgo no se había limitado a Caudillo en exclusiva. Ambas nominaciones, a poco análisis que se haga, resultan las simples tapaderas de esas bien hilvanadas clases, pocas y a su vez subyugadas, que dominan este parece que maldecido país.

Uno tiene la desanimadora fortuna de pensar, elecubrar, leer y dejar luego, ahito, de leer, mirar y cerrar los ojos, de abrir los labios para hablar y cerrarlos para guardar, una vez más, silencio. Uno tiene la desanimadora fortuna de no tener que simular su odio a la vida y a la libertad en mal llamado amor a patria, bandera o determinada actitud política de sojuzgamiento...

Uno se reduce, con el alma desnuda y sin callos y desarmada, a intentar respetar al hombre y lo humano, a intentar que cuantos nos rodean sean menos infelices, más menos humillados en sus ignorancias y cobardías obligadas.

Pobre de mí, uno todavía mantiene la fe en la palabra. El inocente, totalmente indefenso, la emplea sin otro fin que el obligado derecho a emplearla por dignidad, por deseos de sentirse todavía humano, apenas humano, y ansioso, a su

pesar, de una libertad seria, sin sucedáneo, sin (segúan renglones tachados, cinco, totalmente ilegibles).

La hipocresía, sabemos, carece de límites, de fondo. Y uno asistía dolido a la mascarada del reforzamiento de un sistema mediante el chantaje más burdo y por consiguiente más coherente: el acogotamiento pleno de un pueblo—ya acogotado— con el sanguinario fantasma de un golpe militar, cuyas secuelas todos imaginamos, con cuyas secuelas tanto se esfuerzan en amedrentarnos ya amedrentados.

Ahora Corona es mejor porque, si no, se suelta a la bestia que mata o esclaviza más aún. Ahora todos, si no pecamos de ingratos, habremos de ser o monárquicos o esclavos de más sanguinarios salvadores de patrias. Y sin término medio. Incluso creídas mentes preclaras de la izquierda desdentada vuelven a letanizar que el dilema es democracia o dictadura, entendiendo por democracia a Corona manteniendo a raya al golpista fiero pero vivo y bien cobrado y vivido.

Basta con recapacitar apenas sobre lo acontecido, basta con pensar y repensar quedito lo observado, oído, entreleído y supuesto e imaginado.

Basta con eso y preguntar quiénes ganaron o continuaron ganando con esa tragicomedia en la cual se nos volvió a recordar de qué lado están los matadores engallados y de cuál los indefensos defensores de la vida y del hombre a secas y sin engallamientos, atónitos, ven- (seguían renglones, tres, muy bien tachados, totalmente ilegibles).

Si esto no está claro, es porque quedamos ciegos o nos han obligado nuestras ignorancias y cobardías a engeguercer. Si esto no está claro, malditamente claro, es que, sin remedio, aceptaremos una vez más el sacrificio de admitir la dominación inapelable como dogma de vida en muerte moral. No, juro que uno no quiere provocar, que uno está acobardado hasta lo increíble, que uno ya perdió el orgullo, que uno se quedó sin esa patria en que creía cuando pensaba que la libertad y la honradez podían verse alguna vez juntas. Ya uno es puro miedo cercado de agua y desesperanza por todas partes, y ahora más, mucho más, sin remedio.

¡Y cuán poco favor le hacen a ese rey al que tanto dicen obediencia, lealtad o cosas de ésas, aquellos que, como el alcalde de esta ciudad, se llenan la boca diciendo que “si no es por el rey” muchos de “nosotros” no la contaríamos, y cuán

favor le hacen al reducirlo poco menos que a domador o guardián o sobornador de la bestia carnífera que muchos ven en el e- (seguían renglones tachados, cuatro muy bien tachados, totalmente ilegibles y un dibujo infantil de barco pirata).

Como lo que pueda yo pensar sobre la utilización del premio Nobel, por ejemplo, para el rey vayan ustedes a saber, que lo sabemos, con qué intenciones. Pues esos que lo solicitan, que yo sepa, no han dicho qué guerra había, quiénes contendían dónde estaban las armas y cómo se trajo la paz el aspirante. Ni han dicho qué guerra, si no la había, iba a haber, quiénes contendrían, en qué proporción se repartían las armas y cómo y cuándo el aspirante la evitó. Por supuesto que hace tiempo eso de los premios y los premiados me importan menos que nada, un carajo. Lo que sí me importa, mala suerte la mía, son el cinismo enchaquetado o engañado y el servilismo cortesano y la hipocresía envalentonada e impune de esos que basan su respetabilidad en buscar cobarde y sacramentado amparo tras el poder actual mediante adulamientos que incluso imponen a la plebe, a la masa, a los nosotros; de esos que aún intentan hacernos creer que se cerró, tajante y justicieramente, la época de la

dictadura con esto que ahora nos viven. Los que tenían el poder no sólo lo conservan sino que lo han incrementado; tanto, que hasta lo delegan en juguetones ¿demócratas? de derecha e ¿izquierda? (seguían dos renglones y medio tachados y, al margen, con letra mayúscula y distraída “mierda dorada”).

Esto me lleva a recordar un pasaje de “Fortunata y Jacinta” en el que una altaburguesa, refiriéndose a la restauración de Alfonso el Doce, dice: “porque le hemos traído con esa condición: que favorezca la beneficencia y la religión”, o lo que, por el estilo y en la misma novela, dijo el altoburgués Baldomero Santa Cruz: “¿Qué me dices del rey que hemos traído? Ahora sí que vamos a estar en grande”. Los comentarios sobran. La verdad —cierto— se esconde, pero existe.

Diciembre 1981



Hedor de Esquirola

A Paco Juan Déniz

Es inútil dejar de quererte,
ya no puedo vivir sin tu amor.

Esta historia, como todas, también mentía. “Pero no engaña” —masculló Ruano Betún. Jamás la hallé entera, sólo recogí trozos, el primero en la iglesia, cuando esperábamos para el bautizo de mi hijo Samuel. Por eso nadie la cree, y acabo de perder la esperanza. Aunque acepto que Daniel sonriera sin aspavientos cuando el manteo, aunque Rainiera acabase casada castamente con el Alférez capón y arrepentida, aunque me jures que hablaste anoche con Daniel el hijo y que estos papeles que me entregas te los ha dado él para que se publiquen en cualquiera de nuestras revistas.

No me digas que voy a perderte,
no me quieras matar, corazón.



“Fue cuando quedé ciego de amor, y tenía que guiarme por el olfato” —desvarió, impertinente, Ruano Betún. “Me habían encerrado abajo. No salí en mucho tiempo. Pregunta a quien quieras”. Aunque le hayan echado tanta tierra encima, que uno acaba aceptando el olvido y, por tanto, la verosimilitud, aunque. Se añuscó desafortadamente entre sollozos y Perico Socorro, solícito, palmeó su espalda y lo ayudó a beberse del todo la copita de coñac con anís.

Ahí me empecé a interesar por el cuento.

**Yo qué diera por no recordarte,
yo qué diera por no ser de ti,**

“Las vidas son polvaredas en días de mucho sol” —Ruano Betún parecía ver más de la cuenta con sus ojos sin luz. Pepe el de Lola sonreía a través de la armónica que le sostenía contra la boca Manolo Navarro: me estoy cansando, dijo éste. Si te cansas, que mantenga Paco Ramírez —ordenó Borrillo tras chupar largo del puro. Así comenzó, de lado, en una noche temprana de copas en tienda de Domingo. Y no se le busque, a partir de aquí, orígenes medieros.

Cada uno llevará su hilo, la aguja se perdió: así son todas las historias.

pero el día en que te dije te quiero
te di mi cariño y no supe de mí.

Borracho, luego, vomitando, pensé: “Por eso uno debe olvidar sin prisas, quedito, aguantar de pie mirando el derrumbe manso de nuestro pueblo”.

La luna llena volvía a empujarme a errar por todo el Lomo en busca de nadie, huyendo de la filosofía y de la verdad que nos amedrentan —dije a grito pleno tras una arcada inútil. “Si ves a la Rainiera, salúdala de costado, maldita la madre perra que la parió” —por algo grité, por algo. Me recogieron cerca de la panadería y llevaron a casa de mi abuela paterna, que se asustó, pues soñaba con el abuelo y al verme tal cual él me creyó resucitado.

Al mediodía siguiente, con resaca, prometí olvidarme de Rainiera y de su historia.

Corazón, corazón,
no me quieras matar, corazón.

Al valeroso alférez, el primero del cuento, me gustaba saludarlo —mintió Peyomás— “Daba náuseas, así” —y fingió con regañisas que daban asco.

Ese murió —aseguró sin petulancia Perico Socorro mientras acariciaba el cogote a Pepe el de Lola. Por

supuesto no sabía de qué se hablaba. Murió —repi-
tió sin asomo de duda: “viéndote, se me van las ga-
nas de hembra” —lo pellizqué en el pellejo de una
nalga. Ahora cantaba Chano. Paco Ramírez se
cansaba de sostener la armónica para que Pepe el
de Lola siguiera tocando.

Del alférez no quiero ni el nombre —aquí ini-
ciamos el camino.

¿De cuál de los dos alféreces?

¿Cómo que de cuál de los dos alféreces?,
¿Había acaso dos?

Corazón, corazón,
no me quieras matar, corazón.

Un tal Albert fastidió: “Se llamaba Caín”. Lo
que era verdad.

¿El primero?

No, el otro.

Intenté poner paz en mi curiosidad. Veamos:
Daniel, Rainiera, un alférez, otro alférez.

No era, el segundo. Se lo pusieron porque
amenazaba que en el próximo Alzamiento llegaría
hasta alférez y ya verían más de cuatro. Pero se lla-
maba Caín, aunque nadie se lo creía y le decíamos
“eh, Alférez” hasta que se acostumbró.

Rainiera se lo arrejuntó ya muerto Daniel y porque

era peninsular, vendía por las calles con un carrito tirado por un burro muy pequeño y lento. Se dijeron de casarse. Y ocurrió en la noche de bodas, ya galletoncillos Rainiero y Danielín, y enterados.

Si has pensado dejar mi cariño,
recuerda el camino donde te encontré.

Habladurías, ganas de embarrarnos que tendrán algunos o alguna. Nadie de nosotros instigó al muchacho. Y cuando vino a que lo admitiera como aprendiz en la barbería, lo acepté sin vuelta de hoja. Y cuando se interesaba de continuo en afeitar a la clientela, no tenía yo por qué apreciar la destreza con que manejaba la navaja barbera en tan poco tiempo. Además, su alegría borraba cualquier eventualidad para el recelo. Aquí hay mucho jodelón con ganas de encontrar algún tortazo perdido, si lo sabré yo.

Vuelvo atrás, logro aclararme. A ver: aún no había surgido ningún alférez. A ver: Daniel, sorpresivamente, rompe su huelga, se separa de sus compañeros, dice “señores, yo pego”, y camina hacia la entrada del almacén, despacio y con la cabeza baja.

Si has pensado cambiar de destino,
recuerda un poquito quién te hizo mujer.

La fábrica está tomada por la policía, soldados y paisanos que los huelguistas no conocían cargan en camiones del ejército. Daniel habla con uno de metralleta al hombro que le deja pasar. Un poco después lo ven con el mono puesto, una caja de mercancía en las manos yendo hacia un camión. Al que llamaban Sanjuán lo ven morderse las uñas, lívido.

A la noche sólo parecerá nervioso El Bizco. La luna emergerá otra vez— enorme, demasiado anaranjada.

Si después de sentir tu pasado
me miras de frente y me dices adiós,

Veía de reajo: fumaban todos, hablábamos con nosotros mismos, sólo El Bizco movía los labios. Sanjuán quedaba medio oculto apoyado en la palmera. “No tienes por qué decir que debo irme. Yo me quedo. Cojones me sobran” —había dicho minutos antes El Bizco, trémulo, esforzando por mirar sin pestañeos a los ojos de Sanjuán, y arrojando con dignidad hacia las tuneras un cigarrillo recién encendido. “Está bueno. Pero a tu mujer aconséjale que no vaya mañana a calentar los cascos a la mía. ¿Entendido?”. Sólo rio Eugenio. La voz de

Sanjuán había sonado más ronca de lo propio. El Bizco no masculló “mierda para ti”, lo pensó. “Tuve que darle una carda a mi señora —mintió Eugenio con ganas de tranquilizar. No puede uno dejar de recordarle quién coño lleva los calzones en casa. Pero ellas no escarmentan”. Nadie le prestó atención, y volvimos al silencio de los grillos.

te diré con el alma en la mano
que puedes quedarte porque yo me voy.

¿Quién contó el cuento primero? Ahora mismo, en el barrio, nadie parece atinar quiénes fueron los cuáles. Hasta se duda de nombres y apellidos que se mencionan en la historia. Por supuesto los Sanjuanes niegan participación de pariente alguno.

El Bizco no acierta a encender el cigarrillo que le acaban de tender, tiembla. La luna volvió a ocultarse tras el nubarrón que juguetea con ella. “Quizás lo más humano sea arrastrarse como cucas. A lo peor no tenemos por qué escarmentarle, Celestino”. Sanjuán me respondió con una mirada rabiosa y un apretón de mandíbulas.

Le causaba repeluzno que lo llamasen por su nombre de pila.

La luz más cercana quedaba algo distante, en la panadería. Nos habíamos acostumbrado a la os-



curidad y a los chasquidos de los labios de El Bizco, que jamás perdería la costumbre de besar aire.

Corazón, corazón,
no me quieras matar, corazón.

Aparece. Sale de la panadería. Uno viene con él. “Bernardo”, dijo ¿quién? con desgana. “No importa” —la voz de Sanjuán sonó demasiado blanda, ¿pensará qué? “Sabrán ustedes que tengo sueño” —se atreve a mentir El Bizco, inoportuno. Pero nadie le aconseja que se vaya a dormir. Podía agarrar por detrás de las Tunerillas y esquivarnos. Continuaba acercándose, sin embargo. Ni siquiera se detuvo para echar de su lado a Bernardo, que sabía. Era Daniel de ojos tristes y grandes, negros, de sonrisa trincada, lo más opuesto al provocón. Bernardo se desviaba antes del pilar, por la veredita del molino. Sanjuán pisó el cigarrillo aún encendido, respiró por la nariz, estiró los hombros, erguido. No se había visto a Daniel nunca en pleitos de manos o de boca. Pareció titubear sus pasos firmes y cortos, cadenciosos. Tendría sed, gustaría de beber el agua fresca, limpia, del pilar en esta noche de agobios.

Corazón, corazón
no me quieras matar, corazón.

Mas sentiría vergüenza, “tímido siempre lo he sido”, solía pedir excusa ante cualquier creencia de exhibición, de distinto. Por eso nos había extrañado tanto que se quedase a la Rainiera, puro espectáculo, la llevase al matrimonio, tan pobre él y tan pretenciosa ella.

Y aunque haya quien asegura que lo del alferez, el de verdad, ya ocurría antes de la desdicha, soy de quienes piensan que no, que surgiría luego, meses después. Ella buscaría la justificación en sus hijos, en Rainiero y Danielín, en que había que mantenerlos y no alcanzaba la pensión. Lo cierto es que, casada, no dio que hablar hasta lo del alferez, el de verdad. Y lo del otro, al que decían Alferez, hubiese carecido de resonancia a no ser por su emasculación en la noche de bodas con Rainiera.

Cuando te hablen de amor y de ilusiones
y te ofrezcan el sol y un cielo entero,

“El mayorcito apareció, casi chiquillo todavía, manchado de sangre su pecho desnudo y lampiño, enseñándolos en alto. Aquí están los reales del godo, gritaba histérico riendo y llorando. El pequeño le seguía sin aspavientos, mirando al frente, digno, como exigiendo un aplauso merecido. ¡Santo cielo!, exclamó una vieja que acertó a

adivinar y se persignó apartando la vista. Tres salimos de la tienda a ver qué sucedía. El resto ya lo saben. Sí, ella, ustedes la conocen, sonreía con la sonrisa de la ignorancia: Lo ha hecho el niño, repetía como si le hiciera gracia.

El recién casado yacía sin conocimiento, desangrándose. Escapó de chiripa. Sí, marchó a su tierra probablemente. No se le supo más por aquí.”

si te acuerdas de mí no me menciones,
porque vas a sentir amor del bueno.

Pero ésa es otra historia —protesta Perico Socorro acomodado contra el saco de lentejas.

Pudo más la sed: se viró hacia el pilar, abrió el chorro. Encorvado, lo supusimos refrescarse la cara, beber con fruición amargada. De verdad que la noche, de bochorno, pedía agua. Sanjuán se rasca una ingle, ojalá piense con lástima “¿por qué lo hiciste, bobera, por qué te lo hiciste, Daniel, me cago en la madre que me parió?”, ojalá. “Si tú mismo has dicho que Canarias es el lujo de otros, coño, entonces ¿por qué?”, ojalá. “Si aguantábamos bien, si lo teníamos al alcance de la mano, Danielillo, ¿por qué? di por qué, maldita sea mi estampa”, ojalá. Pero era tal la dureza de su mentón, tal el brillo de sus ojos siempre enrabiados.

Se soba las manos contra los muslos del pantalón, contra las nalgas.

Le rodeamos: “Hola”, oímos su voz de siempre, la esperábamos, no nos desconcierta. Es la misma que el sábado en la Sociedad ha dicho que eso de tener libertad ahora para hablar no quita el miedo a más de uno, porque la fiera —aunque dormita— tiene ojos y oídos despiertos, la misma voz de su hijo Daniel, que embarca mañana y se va con Rainiero, lejos, muy lejos, para siempre, asqueado de esta tierra maldita y de esta gente sin dignidad, la misma voz.

Y si quieren saber de tu pasado
es preciso decir una mentira,

Asegura alguien que el alferez, el de veras, el primero, se acercaba a la iglesia todos los domingos. Que venía con unos reclutas y un cabo a Misa. Que luego entraba en la tienda de Esperancita a echarse unas cervezas y cantar malagueñas y sevillanas. Que allí se quedaba mirando con descaro a Rainiera si pasaba por la calle o si entraba a comprar algo, interrumpiendo intencionado la canción, pero sin hablarle, sólo mirándola. Que Daniel yacía desde agosto y estaban ya por cerca de Navidad. Que una tarde de miércoles Rainiera y el alfé-

rez hablaban con decoro junto al pilar. Que un amanecer de fiesta lo verían a él, bien peinado y afeitado salir de la casa de Daniel y Rainiera, sin tapujos y saludando feliz a quien se tropezase.

“Hay otro silencio más mortificante, insoponible, que enloquece de impotencia. Es el silencio empalagoso de la verborrea oficialista y paraoficialista, colonial, que te endilgan por todos lados, que tienes que soportar en la prensa, en la radio, en la televisión, en boca de las llamadas autoridades, de los autodenominados intelectuales, para que así quede anulada la voz minoritaria y cada vez más sola de los disidentes, de los rebelados. Da asco, simplemente asco.” Es su misma voz, pero culta, y la oigo como si oyese la de él, la del padre, la del Daniel tristón que apenas si sabía leer las crónicas y noticias de fútbol o la cartelera de cines buscando alguna película de Jorge Negréte o Pedro Infante, la misma voz. ¿Y por qué me dice esto? ¿Acaso ignora que yo?

di que vienes de allá, de un mundo raro,
que no sabes llorar,
que no entiendes de amor
y que nunca has amado.

Oírlo apagó la pizca de calor que me quedaba.

Verlo casi me hace llorar. Sonreía como siempre, entristecido, con gallardía fatal. Pero ya Sanjuán mostraba la lona. A El Bizco se le escapaba un pedo largo que sonó por encima de los chasquidos nerviosos de sus incontrollados besos al aire. Había que concluir la lección, Daniel parecía admitirlo, ofrecerse. A fin de cuentas aceptábamos todos, incluso Daniel, como justo el escarmiento. Sanjuán nunca le mostró odio antes, ni ahora. “Acabemos cuanto antes”, y extendió la manta sobre la tierra. Abrió Daniel su sonrisa al máximo, encogió los hombros, mostraba las palmas de sus manos. “Ya sé”, respondió al “Ya sabes” de Sanjuán, y se sentó sobre la lona. (No será nada que importe mucho, sólo un mal rato, quiera Dios que pronto se olvide, que si lo recordamos sea entre risas —¿te acuerdas, Daniel, cuando el manteo?—, sólo un mal rato, o no tan malo) Volvía la luna a surgir del nubarrón y la manta se iluminó de palidez. Un mal rato ahora para un buen recuerdo después: Daniel pareció leerme el pensamiento, pues me miró con ternura, casi feliz. Hasta Sanjuán se mostraba cariñoso en su adustez.

Porque yo adonde voy
hablaré de tu amor
como un sueño dorado

Había permanecido oculto en la negrura, tras la pared raída, quizás hasta divertido. Ahora lloraba, me agarraba por la camisa. Chillaba que teníamos que hacer algo, que éramos unos cobardes, unos criminales. Bernardo jamás volvería a mirarnos las caras.

Sanjuán jura por la salvación del alma de su vieja que él no soltó su punta, El Bizco se limita a gemir y a maldecir la hora en que hizo caso a un malasangre de los infiernos, Eugenio no sale de su lividez y de su asombro silencioso, Bernardo y yo intentamos reanimar a Daniel inmóvil. Con el tiempo los cuatro dudaríamos sobre si soltamos la lona o no, ninguno sabría a ciencia cierta asegurar sí o no. Oímos nítidamente el crujido. En su inconsciencia continuaba sonriendo. Fue Bernardo quien dijo “se le rompió la espina dorsal, ustedes le han roto la espina dorsal” entre maldiciones y sollozos. Sanjuán, el rostro sudoroso y enrojecido, se apartó contra la palmera, derrotado, turbio, creo que con los ojos húmedos.

y olvidando el rencor
no diré que tu adiós
me volvió desgraciado.

“De mi padre recuerdo poco, allí en lo más rincón sin hablar, siempre a oscuras... Me enteré de lo del militar aquel cuando ella lo trajo a casa y lo presentó a mi padre, que lo miró parecía que ciego, mudo...

Ella se había vuelto histérica, reía siempre, por nada, a veces llorando reía, soltaba palabrotas sin importarle mi padre ni nosotros, sus dos hijos. Al militar aquél lo respetaba un poco...

Me dio por estudiar, así me evadí, era como una huida. Mi hermano se metió de aprendiz en una barbería, no supe entonces de sus intenciones...

Ella no cerraba la alcoba cuando se revolcaba con el militar aquel, que le decía que los niños podían oír. Ella respondía que dormíamos y llegamos a verlos. Mi padre no durmió más que en el sillón, se llagaba...

Yo no sufría mucho, no sabía, pero Rainiero sí, Rainiero sabía sufrir, creo que le gustaba sufrir...

El militar parecía querer ser suave con mi padre, le hablaba con mimo, lo invitaba a tomar el sol, se ofrecía para darle una vueltecilla por ahí. Mi

padre, flaquísimo, negaba con la mirada de ojos grandes...

Fue él quien la obligó a que aseara a mi padre. ¿No ves que se llaga el infeliz?, le recriminaba..."

Y si quieren saber de mi pasado
es preciso decir otra mentira,

...sí sí, ¡lucha, lucha!, ¡dignidad, dignidad!, ¿y a ti qué te van sus problemas? ¡engañado! ¿es que no ves que te engañan, que te meten delante para que recibas las tortas?, que no sabes ni agradecer a Dios el tener un trabajo fijo y poder alimentar y vestir a tus hijos, para que vengas a meterte en huelgas y zarandajas de ésas, no está para menos el hombre, y a su mujer y a sus hijos que los parta un rayo, maldita la hora en que se me ocurrió casarme contigo, gandules es lo que son: eso: unos gandules desagradecidos, huelga, huelga, por lo visto quieren los muchachitos que les pongan la comida en la boca, egoístas que son, tener un trabajo y protestar, ignorantes de mierda, y que vengan luego a quejarse de que los dejen sin empleo, Virgen santa: y que me haya casado yo con un hombre sin personalidad, que se deje llevar por esos revoltosos de mil demonios y ...

les diré que llegué de un mundo raro,
que no sé del dolor,
que triunfé en el amor
y que nunca he llorado.

El alférez de veras se marcharía sin avisar, destinado. Casi se vuelve loca del todo. Gracias a que apareció el otro con su carrito lleno de chucherías y hablando peninsular. Enseguida le pusimos Alférez. Decía que se llamaba Caín de la Mota, pero acabó respondiendo por Alférez y parecía de más fundamento que el de verdad.

Daniel acabó como un suspiro. Lo descubrió Rainiero, que avisó a Danielín, dormido todavía. “El otro se escapó. Este sí que no se me escapa” — oyó casi entre sueños que decía su hermano mientras lo zarandeaba para despertarle. “Ya se murió papá”, dijo sin despegar los dientes cuando Danielín abrió parpadeantes sus ojos.

La noche de boda tampoco trancó la puerta de la alcoba. Todo sucedió muy rápido. Ella sólo recuerda un chorro enorme de sangre brotando de la entrengles del hombre que aúlla y un colgajo parduzco en la mano levantada de su pequeño Rainiero. A partir de ahí todo son risas y neblina: lo ha hecho el niño, lo ha hecho el niño.

Del reformatorio pasó a un barco noruego. Consiguió enrolarse con facilidad. A mí en cambio me vino bien el internado. Estudié a tope, aprendí demasiado, me casé con una viuda joven, rica. Lo necesitaba para acabar la carrera, Historia. Pero la dejo. Rainiero está aquí, llegó el jueves. Mañana zarpa, zarpamos, no la aguanto ya, no puedo estar a su lado, empieza a oler como mi madre, el mismo hedor.

Las Palmas, 30 enero 1982

APENDICES

- 1) Las canciones “Corazón, corazón” y “De un mundo raro”, de José Alfredo Jiménez, fueron interpretadas por Chano García y Tito Ramírez. Acompañó a la guitarra y armónica Pepe el de Lola. Es de agradecer que Manolo Navarro y Paco Ramírez sostuvieran la armónica y que Perico Socorro se portara como un hombre hecho y derecho. También la ronda que se pagó Borillo y lo servicial que siempre se portó Domingo (las

tapas de aguacate con aceitunas moradas y queso estaban cojonudas).

- 2) Este artículo que va a continuación me lo dejó Daniel Mirabal la víspera de su marcha para siempre por ahora.

En torno a la nueva prisión de Secundino Delgado y a la visita del ministro de cultura.

Por Daniel Mirabal

A Pancho Armas del Rosario

“La libertad consiste, en primer lugar, en no mentir. Allí donde prolifera la mentira, la tiranía se anuncia o se perpetúa”

Albert Camus

Ahí está el hecho. Ahí está, inapelable: la nueva persecución, el nuevo apresamiento de Secundino Delgado. No importa que lleve muerto casi setenta años. Por lo visto no importa. Mas uno debe no callarse. Mas uno, aunque dejase pasar algún tiempo en silencio y se doliera de la indiferencia que se tomaba la llamada intelectualidad canaria ante el

hecho, ya debe no callar por más tiempo. ¿Qué nos quedará cuando también domestiquen hasta el servilismo nuestra palabra? ¿Qué ofreceremos si nos dejamos arrastrar por la desidia y el perenne acojono? ¿Qué, si el cinismo hecho democracia continúa campeando ante nuestro mutismo que podría parecer aquiescencia? Ahí está el hecho, escueto: Secundino Delgado, en unos apuntes sobre su biografía, permanece preso, permanece secuestrado desde hace más de dos meses. Y, como casi siempre, aquí no ocurre nada. Y, como casi siempre, aquí habrá que agachar el morro, trincando o no los dientes por la rabia y la indignación.

Ahí está, ineludible, impertérrito. El ministerio del señor De la Cierva se encargó del aprehendimiento. Yo vi el parte del secuestro: en él leí que la orden venía dada por el Ministerio de Cultura. El titular de tal Ministerio era, y continúa siéndolo, el señor De la Cierva. Sí, ése mismo, el que soltó lo de “Guía era España antes que España y América antes que América”, por ejemplo. Uno, si no conociera sus refritos históricos y sus paranoicas declaraciones y poses, hubiese pensado que lo habría dicho entre copas o por mor de la emoción o del solajero.

Pero uno también le ha leído y le ha oído lo suficiente. No puedo ni quiero decir que no tengo nada contra ese señor, pues sí tengo. Ha secuestrado, ha aherrojado un libro hecho en Canarias por un hombre canario y sobre un personaje histórico canario. Y eso no se lo disculpo, porque Cultura es hija de Libertad y ese señor ataca impunemente, entre otros, al germen de la Cultura, al gesto libre de un acercamiento a parte de nuestra historia, con el agravante de querer poner ésta contra la Ley. Viñiendo de gente como ésa no tendría por qué extrañarme; y no me extraña. Pero así y todo no le excuso del atropello que supone engrillar de nuevo a Secundino Delgado. El ministro De la Cierva tendrá la fuerza que le dan el sistema y el cargo, nada más. La razón le queda lejos, muy lejos. Pues la razón cada vez está más distante de todo lo que huela a Poder.

“Secundino Delgado: apuntes para una biografía del padre de la nacionalidad canaria” fue escrito por Manuel Suárez Rosales y publicado en la colección Benchomo de la editorial de Cándido Hernández. Es el libro un intento nobilísimo de acercar a los lectores hacia un hombre bueno, grande, enamorado de su tierra y, por consiguiente, do-

lido ante el expolio y la humillación que siempre han caído sobre ella y sobre la gente que la puebla. Dificilmente pagaré como se merece a Manuel Suárez Rosales su trabajo, pues libros como éste son los que aún mantienen la ilusión de que el hombre vale la pena. Sólo yo sé de cuánto me ha servido su lectura. Por eso me encona que, a punta de pistola disfrazada de ley, se le encierre, se le aparte de la circulación libre, se le impida que llegue a gentes, que, como yo, lo necesiten. No hay derecho. Ninguna Constitución que pretenda la Justicia y no el amparo de unos clanes privilegiados tiene entre sus finalidades agarrotar la verdad, encadenarla. Y el señor De la Cierva, o su Ministerio, con posturas y actos como éste desmerecen aún más esa Constitución de la que tanto alardean gentes como él.

“Nadie dude hoy, aún dentro de España, que los errores continuos de los gobiernos han sido la causa de los sucesivos desastres de esta gran nación; todo el mundo sabe que si en tiempo oportuno hubiesen dado una autonomía a la América conquistada, aquellas importantes regiones siguieran siendo españolas y tal vez otra suerte les cupiera a ellas y a la madre patria”— esto escribía Secundino Del-

gado en noviembre de 1901. Y uno se acuerda del Sáhara y se acuerda de Guinea y observa con desesperanza Canarias. Y uno se duele de cómo fueron quedando en sus “independencias” las que habían sido colonias españolas allá en América y Filipinas. Y uno sabe quiénes fueron los culpables.

Para que se quite o continúe la duda: **“Habrá quien me calumnie llamándome antiespañol, y mentiría. Yo tengo a orgullo mis dos apellidos y mi pura sangre española; pero el germen de la libertad incubó en mi organismo, y antes que nacionalista soy libertario. Mientras aliente, bregaré por la autonomía de los pueblos y de los individuos, cueste lo que cueste”**. Secundino Delgado escribió esto; y esto: **“a la tiranía de España (de sus gobernantes) debo mi iniciación en las cárceles, en el martirio”** y **“seré un revolucionario, pero nunca un sectario. Las palabras también esclavizan, aunque sean república, socialismo, anarquía...No; soy un revolucionario, un rebelde, nada más”**...

Pero ideas como éstas causan grima, producen repeluznos a señores como De la Cierva. Es natural: lo sabemos por sus “historias”. A dichos señores les va mejor la demagogia desde el poder, la única demagogia viene del Poder: haciendo televisar

tal partido de fútbol, haciéndose entrevistar en tal programa multitudinario de radio o de prensa, diciendo **aquí** cosas como “que le preocupa tanto la cultura canaria como el Museo del Prado”... Claro que uno se susurra que Dios nos libre de sus preocupaciones. Pues si secuestrar libros canarios, no mandar el dinero preciso y presupuestado a su Delegación en Las Palmas para que ésta pague, no las “deudas culturales” sino las de mantenimiento indispensable (luz, agua, limpieza...), si eso es preocuparse por la cultura canaria, creo que mejor nos vale que se despreocupe de nosotros...

...Ahora que esto, quizás y sin quizás, no es lo más triste. A fin de cuentas, el Poder, putrefacto y engalanado, no da más de sí. Lo que más apena es la indiferencia captada en nuestra intelectualidad ante hechos como éste. Que, de igual forma que se dio la espalda a Secundino cuando en 1902 fue apresado injustamente, arbitrariamente, despóticamente, por orden de un ministro español nacido en Canarias y mentado Weyler, de igual manera ahora también se daba la espalda de la indiferencia a su secuestro, a su nuevo apresamiento arbitrario y despótico. **“¿Adónde voy? No tengo un cuarto, ni amigos. No puedo acudir a la casa de ningún cana-**

rio, que se afrentaron de visitarme (a la cárcel)’’ —esto escribió Secundino de cuando, imprevistamente y sin aclaraciones, le excarcelaron una gélida tarde del enero de 1903. Sólo Estévanez, Nicolás, le había visitado, había intercedido por él, sólo Estévanez, que por aquel entonces se dejaba vivir en Getafe de cuando en cuando. Secundino, aterido de frío, asustado de su libertad inesperada, pasearía toda la noche —en espanto a la inclemencia del tiempo— hasta el clarear del día en que se dirigió a la redacción del periódico republicano “El País”, donde tomaría algo caliente y se reconfortaría frente a la chimenea...

Hasta eso casi nos han matado: la capacidad instintiva de solidarizarnos. Tanto puede el miedo, el terrorismo legal. Por tanto, no debe a uno extrañar que Secundino llegase a escribir, ya en aquel tiempo, que **“mi tierra hoy sólo produce entecos, esclavos y eunucos al nacer”, “El pueblo, sin ideales, flotando torpemente y dejando hacer jirones de sus carnes a aquellos verdugos exóticos. Los lupanares, tabernas y antros de corrupción abiertos a los cuatro vientos, con beneplácito de los interesados en envilecernos; la prensa vendida, dividiendo al pueblo con la política local de Maquiavelo,**

haciendo que se odien hermanos de una isla y otra; restringida la instrucción; vedadas las grandes ideas; la palabra LIBERTAD, si alguna vez se pronuncia, es mixtificada; al pueblo nunca se le deja comprender su sentido lato; el instinto de rebelión, promotor de progreso y libertad, casi lo han extinguido en àquellas infortunadas islas”. Me recuerdo, otra vez, que esto fue sentido y escrito hace ochenta años, que quien lo escribiera emigró por hambre a los catorce años, que más tarde habría de ser perseguido, exiliado, encarcelado y que moriría tísico a los cuarenta años, luego de haber perdido a su hijito Darwin y a su hijita Lila, adolescentes ambos. Y su biografía, la biografía de un hombre bueno y grande, canario, parte de nuestra historia de infortunios, nos la secuestran desde Madrid, siempre desde Madrid. Y nos lo tragamos en silencio, y parece como si nos importara un comino, y...Sí, sí tengo en contra de la cada vez más alarmante inhibición de nuestros intelectuales ante actuaciones de este estilo. Sí, sí, tengo, aún más, en contra mía, por callar, por aceptar con harta frecuencia mi encogida de hombros, por...cobardía institucionalizada.

“Mi querido Don Fernando: ya sabes que

Weyler relevó a mi hermano de la Capitanía General de Canarias. El motivo no ha sido otro que dar gusto a los militares que allá —Canarias— se han empeñado en tratarnos como a raza inferior” —así escribía Galdós a León y Castillo el 9 de enero de 1902. Weyler, hoy, tiene incluso plaza-homenaje en Santa Cruz; y sabemos de su actuación gobernante-militar en Cuba, actuación que levanta indignación a quien se note humano, sólo un poco humano, y Secundino Delgado continúa perseguido, y se le apresa de nuevo, ahora, en lo que quieren hacernos tragar como Democracia, cuando hasta comunistas y socialistas aceptan monarquía —por ejemplo. (“Si algún compañero nuestro, disfrazándose con el nombre de socialista o comunista os pide el voto para un monárquico, no lo creáis porque os engaña” — así decía Secundino Delgado en octubre de 1903, y tenía derecho —creo—, y tenía razón —creo.) Entonces ¿por qué no se ha admitido los apuntes biográficos y la palabra de un canario cuya única enfermedad sería la de enamorarse hasta el tuétano de su tierra y de su gente, a las que quería libres y dignas?

La respuesta es obvia. El poder es enemigo sustancial de la libertad, el poder no ama al hombre

concreto, al individuo de carne y hueso. Ahí está la historia para quien quiera observar, ahí está la realidad actual para quien aún se permita la duda. ¡Y eso que estamos en época de paternalismos votalistas y de permisiones provoconas y asustadizas!

No debemos, no tenemos ninguna razón de peso para seguir pasando por alto las continuas vejaciones a que se nos somete. Sabemos que los tiempos que nos corren son difíciles. Pero no más difíciles que casi todos los que desde siempre nos ha tocado como pueblo correr. Canarias nunca ha sido de los canarios, ni lo será. Cuando sobrábamos, nos reclutaban como soldados para matar o morir por cuestiones que, además de desconocer, ni nos iban ni venían, o nos obligaban a emigrar jugando y negociando con nuestra hambre e indefensión. Secundino Delgado, casi un niño aún, tuvo que emigrar. Como hombre sin tierra que era, como ser sensibilizado ante la situación de los semejantes explotados en nombre de patrias o Dios o reyes, se entregó a la lucha sin horizonte por la independencia que le tocó primero, la cubana. Se convirtió en un ateo rayano en la santidad y defendió un republicanismo confederado y abierto y sin reservas ni tapujos. Cierto que confió para Cuba en una

ayuda yanqui, desconocedor de las intenciones de los caciques norteños y olvidado quizás de la herencia hispana en la Sur y Centroamérica, herencia llena de subcaciques prontos a hipotecar sus llamadas patrias con tal de seguir detentando el poder de oprimir a la mayoría grande de la población en su provecho y satisfacción. O, aun sabiendo los peligros que aguardaban a la posible nueva nación, corrió el riesgo; a fin de cuentas, peor de como estaban no iban a estar los cubanos. Igual pensaría más tarde de los canarios. Primero la libertad, luego la dignidad. Si asfixian aquélla, muere ésta. Y a aquélla en pro de ésta se entregó en un completo vía crucis. Al principio Secundino fue autonomista federalista. Al final de su vida, convencido de que una monarquía sostenida por caciques y por armas que apuntaban sólo al pecho de la plebe, y poco antes de caer en ese estado de depresión que lo llevaría a decir con palabras de su releído Schopenhauer que las dos únicas verdades son **“no amar ni odiar, no creer ni decir nada”**, se acogió al independentismo. Porque creía, asimismo, que España no poseía ni sistema ni gentes en puestos de decisión que hicieran posible una política medianamente razonable, progresista; sabía dónde estaba el verdadero poder, lo sabía...

¿Y nosotros? ¿Será cierto que nos hemos convertido en cómplices de piedra con nuestro silencio, con nuestra sobornada o chantajeada inhibición, con nuestro seudointelectual pasotismo de “arte por el arte” y la “política es para los políticos” o cosas por este carril? Porque ni pensar quisiera que sólo nos restase callar cuando tan a lo claro vemos; aguantar medrosa o indiferentemente las ganas de saltar y ser lo único decente que podemos: testigos que dicen; consolarnos en una displicencia autosuficiente que nos haga mirar con repugnans amanerados cuanto acontece a nuestro alrededor más cercano; animalizarnos libresca, civilizadamente...Ni pensarlo quisiera. Pues, entonces, ¿qué recoño pintamos aquí y ahora?...¿Que no sabemos unirnos porque somos vanidosos, orgullosos o envidiosos?, pues cada uno por su cuenta; aunque creo que la unión no es imposible ni tan dificultosa. Pero soportar impasiblemente más, no. Que la cultura es concretización de la idea y del sentimiento, y no la mera contemplación y especulación de esta realidad inextricable que nos circunda y anega. O somos o no somos. Y, por supuesto, no necesitamos Ministerios de Cultura. Esta, la cultura, tiene que no estar sometida y manipulada por el poder. Mucho

menos prostituida o amancebada. Que el poder busca la homogeneización según sus criterios, siempre represivos y embaucadores.

Y la cultura es todo lo contrario, es heterogeneidad, es contradicción continua, es rebeldía sin sosiego y sedienta de libertad; es todo lo contrario, todo, de cuanto quisiera el poder, cualquier poder. Un Ministerio de Cultura sirve, entre otras cosas más sibilinas, para mantener el sueldo a millares de personas que se hubieran quedado sin él cuando se cambió la máscara el régimen perenne, para negociar impunemente con la ignorancia de la población y para impedir bajo el imperio de la ley esa libre e indómita y honesta expresión...

Mas el hecho está ahí: Secundino Delgado, preso de nuevo en el libro que sobre él escribió Manuel Suárez; el secuestrador visitando Canarias en olor de servidumbres localistas oficiales y paraoficiales entre comilonas, demagogias y diarreas mentales; y los intelectuales canarios, igual que casi siempre, callados como tocinos.

Las Palmas, 16 de Agosto de 1980

NOTA: este artículo no se publicará; fue quemado para encender una barbacoa arriba en Las Mesas.

INDICE

	Pags.
Lo más hermoso de mi vida	7
Ojo de Pulga	11
Rutina, rutina	21
El escritor y un miedo más	31
El aplauso	41
Chantaje bendito (Insomnio)	49
Hedor de Esquirola	67



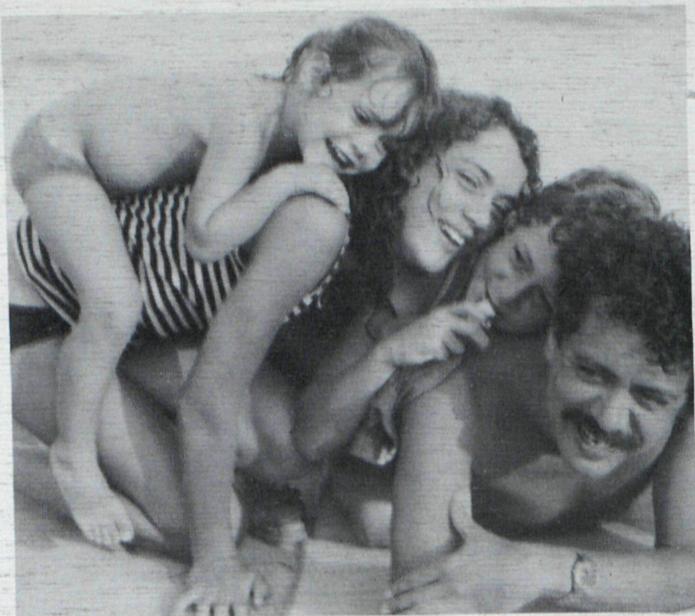


ULPGC. Biblioteca Universitaria



633376

BIG 860-3 RAM mas



El universo de este **narrador en solitario** no es la historia, sino el proceso mismo de escritura en que esa historia es prostituida...

Pocos escritores logran así de golpe producir en nosotros esa desazón punzante que nos induce a confirmarnos en la sospecha de que la literatura consiste en algo que nos resulta atractivo sólo porque es inútil...

Víctor Ramírez lo que hace es que nos coge por el cuello de la camisa y nos mete de rondón en una historia de escritura lacerante, sin concesiones...

Cuando una sociedad como la nuestra se refocila en su propia inmundicia, al escritor entero (que es el propio sujeto en su participación) no le queda otro camino que hacerse **socialmente irrelevante**, que clamar por la felicidad del hombre...

José Luis Gallardo ("Víctor Ramírez o la inutilidad de escribir", sobre el relato **Bala de goma**, del libro **Rumores paganos**)

Víctor Ramírez nació en San Roque, un barrio risquero de Las Palmas de Gran Canaria, el 30 de junio de 1944. Trabaja de maestro de enseñanza primaria. Lo que ha publicado hasta ahora está en "Cuentos cobardes", "Además lo primero", "La piedra del camino" y "Rumores paganos" (compartido este último con Angel Sánchez y Rafael Franquelo).